

XI

RE
LA
TOS
C
RTOS

T i e r r a d e M o n e g r o s
2 0 0 9

Premio de Relatos Cortos
Los Monegros
2009

XI

REAL
LA
TOS
CORTOS

T i e r r a d e M o n e g r o s
2 0 0 9



Edita: Comarca de Los Monegros
Avda. Fraga, s/n. 22200 Sariñena
E-mail: comarca@monegros.net
Imprime: Gráficas Alós. Huesca
Depósito legal: HU. 342/2010
Fotografía portada: Fernando Biarge

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	7
1.º PREMIO	
“Polémica de la vida y un gol”	9
2.º PREMIO	
“A un paso de Nismanaia”	29
ACCÉSITS	
“El cocinero del H.M.S. Beagle”	47
“Un gigantesco volcán”	67
“No sé si pedirle que me llame Julia”	87
PREMIO AL MEJOR RELATO MONEGRINO	103
“De verde mayo”	
ACCÉSIT AL MEJOR RELATO MONEGRINO	125
“Una persona en singular”	

PRESENTACIÓN

La publicación de los relatos premiados en el XI Certamen de Relato Corto y Relato Monegrino satisface dos cuestiones que consideramos justas: la de dar a conocer a los ganadores de este certamen y la de mostrar cómo estamos trabajando en la Comarca de Los Monegros para su promoción y desarrollo.

A nadie se le escapa lo difícil que es luchar en un medio duro, muchas veces áspero y severo, cuando no inhóspito. Un proyecto político no se reduce a plantear y parchear una serie de cuestiones o problemas, sino que trata de marcar y poner en marcha líneas de actuación o dinámicas que trascienden el breve espacio de una legislatura o de una generación. Por eso, cuando hablamos de futuro en la Comarca, estamos hablando de un proyecto a largo plazo, que no muere cuando cambia un determinado equipo de gobierno.

En todo proyecto político de desarrollo subyace también una determinada cultura. La cultura es el elemento que cohesiona cualquier proyecto. Pero no es suficiente cualquier cultura, pues culturas hay muchas y, a veces, entre ellas contradictorias. La que queremos para los Monegros tiene como componentes

fundamentales la participación, la solidaridad, el consenso, el respeto, la justicia y la libertad. Valores que trascienden el tiempo y el espacio y que laten todavía en el alma y el quehacer diario de muchos monegrinos. Valores que potencian el conocimiento de la realidad y de las ciencias que permiten conocerla.

Si del mundo real bebe la literatura, esta facilita y crea otros mundos que alimentan aquel, en una solidaria dinámica de enriquecimiento mutuo. Y si el mundo real y la literatura se enriquecen por ello, también repercute en la misma medida en los seres humanos que son parte de él y participan de ella.

Y no es menos cierto que si centenares de escritores han creado un mundo ideal que les permite plasmar o plantear, cuando no superar o resolver, los intrínquilis y contradicciones de la vida, serán muchos más quienes se beneficien de esa donación que supone el relato literario.

A lo largo de las páginas que siguen se puede contemplar la riqueza literaria de este certamen literario, que no se queda en la creación de relatos, sino que se extiende también a ese otro mundo que conforman quienes como tú, amable lector, recrean con su lectura.

Jesús Brau Grasa

Consejero comarcal de Educación y Cultura

PRIMER PREMIO

Polémica de la vida y un gol

Mariano Catoni



Mariano Catoni

Mariano Catoni es periodista graduado del ISET N.º XVIII; ha escrito notas en el semanario *30 Noticias* de la ciudad de Rosario y colaborado como corresponsal político para la radio AM 1010 de la ciudad de Buenos Aires; en 2004 recibió el 2.º premio nacional “Eugenio Zagarzazu” por su cuento *El infante imaginario* y en 2005 publicó su primer libro de relatos titulado *El acróbata de plastilina*; fue finalista del Concurso de Cuento Corto “Álvaro Cepeda Samudio” en Colombia con el texto *Felipe y el graffiti*, obtuvo el 3.º premio internacional de la academia de tango de Montevideo en el Concurso “Alberto «Pocho» Domínguez”, Uruguay, por su texto *Felipe y los besos*, Mención en el premio internacional "Adolfo Bioy Casares" organizado por la Municipalidad de Las Flores; y Mención en la categoría *Obras Inéditas* en el Concurso Provincial de Narrativa “Alcides Greca” año 2007, por su libro *Felipe Flap*, organizado por la

Secretaría de Cultura de la Provincia de Santa Fe. Primera mención en el concurso “5 de julio de 1807. Un pueblo en armas” por *Espacio Y: lugar cultural*, del Ministerio de Cultura de la ciudad de Buenos Aires” (2008); finalista en el concurso Art Nalón, letras de cuento corto en Asturias-España (2008), cuento *Las ranas*; ha obtenido el segundo premio de relato breve de la Noble Villa de Portugalete en el año 2008, ha participado en diversas antologías junto a otros autores de Argentina y ha escrito ensayos sociales y guiones para cortometrajes animados, como así también para teatro y cine.

En febrero de 2008 fue contratado por la agencia literaria italiana Eulama. Actualmente trabaja en su sexto libro.

El autor nació en Buenos Aires en 1981 y vive en Rosario, Santa Fe.

Polémica de la vida y un gol

Mariano Catoni

Adultez

Entonces el árbitro se rascó la cabeza y pitó, pero no pitó como suele pitarse, así, con ese pitido terminal de la decisión es irrevocable, se hace así porque no lo digo yo sino el reglamento, estamos, y el que tenga algo en contra, a llorar al rincón. Pitó, en cambio, con una larga melodía de incertidumbre, algo así como una bocina que suena a la par del verde del semáforo y se arrepiente de pronto, tarde, muy tarde. Dejó de cantar la tribuna en las gradas y comenzó a murmurar, a debatir. El jugador, el delantero que había pateado al arco, vamos a ponerle un nombre o, mejor dicho, vamos a llamarlo por el que ya tiene, Luis Quesada, alias el Topo, dirigió la vista al resto del equipo y no tuvo más remedio que mirar

con cara de tarado y un dejo de inexperta sonrisa. Alzó las manos como preguntando, confuso pero también alegre, improvisando una pantomima de festejo aunque no con toda la dedicación de un tanto ya anotado. Había sido o no había sido gol, esa era la cuestión. El arquero, Mario Santoro, por otro lado, parecía ajeno al partido, no pedía explicaciones, no pedía nada, estaba conforme con lo que había hecho y sabía que, a partir de entonces, el pueblo lo recordaría, con un poco de prensa, también el país entero. Esto soy, este es mi talento y mi convicción, jodete, Topo de mierda, te lo dije, a papá no le vas a ganar así nomás, con esto se demuestra quién puede más que el otro, eh, quién la tiene más clara en cuestiones de fútbol, qué digo en cuestiones de fútbol, en cuestiones de la vida, pelotudo, hacete el vivo ahora, hacete. Entraron los directores técnicos como estampida. Nada de quedarse al margen y sin cruzar la línea de cal, era necesario opinar, defender. El director técnico del equipo de Luis Quesada llegó con un trote, se dirigió al árbitro, convencido, amenazando con el dedo, es gol, mi querido, de acá a la China es gol, y guarda con no darlo por gol porque de esto se va a saber en todos lados, eh, y usted, como árbitro que es, tiene que tener ética, tiene que responder por su profesión. Y el otro, el director técnico del equipo de Mario Santoro, también llegó, enloquecido, más o menos con el mismo empuje que su rival, solamente que más descuidado en el uso de las palabras: que no, la putísima madre, que dónde se ha visto, carajo, que de ninguna manera, que no lo vaya a cobrar porque acá terminamos a las trompadas limpias, estamos, que ni se le ocurra porque usted tiene madre y la tribuna se la va a liquidar de tanto insulto, razonar un poco, razonar, por favor, señores, no fue gol, cómo va a ser gol si tiene

que entrar toda la circunferencia. Para colmo de males, se había empezado a nublar y muy pronto llovería, ya se veían los pájaros, como ráfagas, de un lado al otro del estadio, inquietos por señal, porque el viento avisa al pájaro, y el pájaro avisa a la gente, pero quién avisa al viento. Vaya a saberse.

Infancia

Y fue precisamente así, en un día ventoso pero a muchos años del partido, cuando empezaron los encontronazos entre Quesada y Santoro. Lo dirían en el tiempo: hay quienes no deben nacer en un mismo momento de la historia, o bien, hay quienes pueden, pero de ser así, no deben coexistir en un mismo pueblo. Durante la primera semana de clases, se ven. Luis se sienta bien atrás, Mario, por su parte, cinco pupitres más adelante. Cuando da el lunes de la semana siguiente, se hablan por primera vez. Ahí estaba yo, dice Mario. Bueno, ahora estoy yo, atrás no veo el pizarrón. Y yo qué culpa tengo, éste es mi banco. Sí, pero el que se fue a Sevilla, perdió su silla. Y el que volvió, de una oreja lo sacó. Sí, pero el vigilante de la esquina, no lo permitió. Entonces empieza la clase y Mario no tiene más remedio que ubicarse atrás, en el único pupitre que está libre. Ahora no le gusta, ahora está lejos de Silvia, la de las trenzas. De modo que cae el mediodía y le basta una sola señal para asumir que perdió: Se corre la bolilla, se corre el bolillón, el Luis y la Silvia, un solo corazón. Suficiente argumento. Pero está bien, nada de pelearse, Mario tiene pocos años pero no por eso es tonto, si se pelea, se expone, se evidencia. Entonces se pelearon por la Silvia, podrían llegar a decir todos. Y mejor que no, mejor que la Silvia se canse del Luis y

después vemos, se dice. Se dice y es paciente, espera, cuánto, espera medio año, todos los días espera, pero los ve cada vez más juntos, más vivaces, lo último que sabe es que ella va a tomar la leche a lo de él. Y eso le da bronca, una bronca terrible, lógico.

Adultez

Mario estaba en su casa, tranquilo, no había almorzado porque en un rato sabía que debía reunirse para calentar y atender a las indicaciones del director técnico. Sonó el teléfono, era Gabriel, el tres del equipo, el tres del Club Atlético Fortunato Vélez. Atendés vos, Silvia. Voy, respondió ella. No estoy para nadie, comentó Mario. Es Gabriel. Ah, dame. Tomá, voy a preparar café, vos vas a querer. Sí, sí, haceme, hola, colega. Qué hacés, Mario, escuchame, te llamaba para comentarte algo, no sé si es mejor o peor, pero lo estuve charlando acá con los muchachos y nos pareció que te teníamos que avisar, para evitarte la sorpresa, así vos medio preparado, eso sí, vos sabés que el partido de hoy es muy importante y que esto nos puede hacer ganar las regionales, así que. Dejemos el preámbulo. Bueno, te lo digo, qué tanto, volvió Luis de Alemania. Ajá, ya sabía, me pareció verlo esta mañana, qué hay con eso. Juega esta tarde para el Deportivo Estrada. Pero cómo va a jugar, si no está entrenado. Parece ser que allá, en Alemania, jugaba para el equipo de un pueblo, algo así, y le dijeron que podía. Estamos, pero no entiendo el llamado. No, nada, viste, qué sé yo, como sabemos que por ahí está la bronca entre ustedes, te queríamos avisar, porque, escuchame, piojo, vamos a sincerarnos, vos sos medio calentón, y no queremos que se arme quilombo, en serio, hacé el esfuerzo, eh. Gabriel, nos

teníamos bronca de chicos, no seas gil, hace un montón que no nos vemos, yo ya soy un tipo grande y con familia, quedate tranquilo, quédense tranquilos, no sean pavos, somos deportistas, che. Bueno, pero igual por favor, eh, en serio, espero que no te haya molestado el llamado. Para nada, nos vemos en un rato en el club, les vamos a romper el culo a esos. Sí, señor. Colgó. Aceptó el café, bebió dos sorbos y apoyó la taza, contempló el humito espeso y se aclaró la garganta. Todo bien, preguntó Silvia. Sí, todo bien. Tenés cara rara. No, por. No, me dio la sensación. Te debe parecer. Ah, sabés una cosa, sabés a quién vi esta mañana en la verdulería. A quién. Al Topo. Y por qué me lo decís recién ahora. Me había olvidado. Te dijo algo. Ay, Mario, por favor, no empieces. Te dijo algo o no te dijo. No podés seguir con eso después de tantos años. Te dijo algo. No, no me dijo nada, terminala, qué quería Gabriel. Nada, llamó para avisarme que esta tarde el Topo va a jugar para el Deportivo. Qué. Sí, andará necesitando que lo humillen. No juegues, Mario. Qué. Que no juegues, si juega él, vos no juegues, quedate en el banco. Sí, justo, justito, que se quede él en el banco. Se van a agarrar a piñas, yo ya sé cómo termina esto, si me querés quedate en el banco, Mario, por favor. Mirá, Silvia, porque te quiero voy a jugar. Entonces no voy a verte y listo. Bueno. Sos forro. Bueno. Mario, contestame. Ya te contesté, no rompas.

Infancia

Tienen ocho años, no se saludan. Mario no lo saluda a Luis por lo de la Silvia, Luis no lo saluda a Mario por lo del liderazgo y las burlas. En todos los cursos hay un líder de grupo, y esta vez le ha tocado ese rol a Mario.

Así es que hacia donde él dice, van todos, hacia donde él piensa, piensan absolutamente todos. Luis tonto, Luis imbécil, Luis burro, Luis cabezón, Luis marica, marica, marica, sobre todo marica, marica de los maricas. Repitan conmigo: Luis marica. Y es peor, porque entonces Silvia, ella con su gran sentimiento de la justicia, defiende y la víctima se convierte en victimario. A Silvia en realidad le gusta Mario, pero se queda junto a Luis porque se ve obligada a ampararlo, está tan solo, el pobre, y le tienen tanta bronca, al pobre. Que no es marica, dice y repite, no sean así con él, que yo una vez lo vi y no es marica, además, miren, no, no es para nada lo que ustedes dicen porque, miren todos. Chuic, de pronto, tierna e inocentemente, chuic, un beso, vieron, besa, pero no es Luis sino ella la que besa y el otro, todo sorprendido, se queda tieso con esa cara de vampiro enfermo. Los labios son salados, los labios tienen gusto a piel, como comer mortadela, chorizo crudo o jamón arrollado. Y ahí va Mario, la mano y su cuerpo, los dos, al trote, pero se frena porque, ya se ha dicho, se expondría, se evidenciaría. De modo que en las clases de gimnasia se hace camita obligatoria y sea quien sea, siempre Mario, venga, atrás, venga y aconseje, yo le hago caso porque usted es el líder reconocido, rey de los mocosos. Julio, Hernán, Marcelo, y Luis, no, Luis no, pero Luis es muy bueno con la pelota, le pega bien, dije que Luis no, el razonamiento es fácil, si tenemos a los mejores, entonces no jugamos contra nadie y el partido es aburrido. Y mientras tanto, las damitas se van de la clase, más allá, se escapan del vóley porque la maestra es buena o, mejor dicho, no tiene carácter y sí, que se fuguen, que anden por ahí, siempre y cuando no hagan lío o no se prendan fuego el pelo. Y las damitas entonces hacen de tribuna, como harán muchos años

después, porque la vida en el pueblo no es tan diferente a lo largo del tiempo, se hacen las mismas cosas, solamente que van cambiando las caras, no por nuevas, sino por mismas caras pero corroídas por el andar de los días y las preocupaciones, la edad, los pensamientos del ser humano con tremendas obligaciones civiles. Me gustaría atajar, dice Mario. Y lo respetan.

Adultez

Recogió los botines, el bolso. Me pusiste todo, Silvia. Vas a jugar. Sí, me pusiste todo. No sé. Dale que se me hace tarde. Fijate vos, ya que hacés lo que se te canta y no me das bola, pero te aviso algo, si el partido termina en quilombo y te llegás a lastimar, mirá Mario, mirá que te lo juro por mi mamita y mi papito, yo no te curo, estamos, yo no te curo. No me voy a pelear, Silvia, ya estoy grande para esas cosas. Sí, lo mismo dijiste la última vez. Ahora es diferente, uno demuestra que es mejor, bueno, se me hace tarde, vas a ir o no. No, no voy a ir. Bueno, entonces después te cuento cómo nos fue. Andá, tarado, suerte. Vení, dame un beso. Te amo. Abrió el portón del garaje, puso en marcha el auto, salió, se olvidó la llave del lado de afuera y se percató de eso recién cuando estaba a punto de estacionar frente al estadio del Atlético. Y, mi viejo, le dijo Gabriel apenas lo vio acercarse, estamos listos para dejar todo en la cancha. Dejar, dejar no se deja nada, uno se lleva, se lleva la tristeza de los otros. Así me gusta. Hola, escuchó que le dijo una voz, desde atrás. Volteó. Era él. Ya sabía eso, ya había previsto el encuentro, Luis Quesada era de hacer ese tipo de cosas, hablaba con la actitud, presentarse así no era un espontáneo gesto de cordialidad, sino un premeditado

ataque silencioso. Cómo andás, Luis, dijo Mario. Bien, acá, acostumbrándome al cambio horario, tengo el culo cuadrado de tanto viajar. Ah, por dónde andabas, fingió no saber Mario. Alemania, Alemania. Mirá vos, volvés para quedarte. Es la idea, estoy tratando de arreglar algunos negocios, si todo sale bien, me quedo, me gustaría, extraño mucho el pueblo. Fueron entrando, separándose. Bueno, nos vemos adentro, dijo Mario. Sí, nos vemos, respondió Luis. Dale, nos vemos. Nos vemos, volvió a decir Luis. Hecho, nos vemos, agregó Mario y la batalla dialectal acabó cuando los dos lo dijeron al unísono, de lo contrario todavía estarían ahí, renunciando al partido para combatir en la guerra del los Cien Años por el poder de la última palabra dicha. Hijo de puta, pensó Mario, y siguió: sutil, como todo hijo de puta, me vino a decir lo del cambio horario para hacérmelo saber, claro, se quiere hacer el resistente, el que juega a pesar de, el desafectado se vino a hacer, hijo de puta, yo la semana pasada estuve con gripe y qué, nada, soy mejor hombre y no lo digo, ahí tenés, Topo. Se vistieron, cada cual en su vestuario, entre comentarios de aliento y algunos chistes. Última indicación: para Mario Santoro. Bueno, Mario, vos ya sabés, por favor, conducta, eh, somos profesionales, sentenció el técnico. Y por qué me lo dice a mí. No, por nada, por nada. Subieron las escaleras, respiraron el aire y el vaho del césped. El día brillaba, aunque más allá se veían unos pocos nubarrones que, a fin de cuentas, no preocupaban a nadie. Es probable que llegaran cuando el partido ya estuviera finiquitado. Boludo, te olvidaste los guantes, dijo el doce acercándose a Mario. Hoy no uso.

Infancia

Y lo del perro, lo del perro también suma. Porque Luis lo adora, lo tiene desde que es cachorro, y lo ha cuidado, y lo ha alimentado, arropado, cobijado, vacunado, le ha puesto, incluso, una mantita pintada por él mismo en las clases de Educación Plástica. Así que cuando viene Luis padre y le da la noticia, hace un esfuerzo inaudito por controlarse, pero no, no le alcanzan los músculos de la cara y revienta por todos lados, como si se le estuvieran por salir las tripas, y ya que viene al caso, también, así es como lo imagina al Licho, reventado y con las tripas apoyadas sobre el adoquinado tibio de la calle. Cómo fue, pregunta con una voz aflautada, aturdida por la angustia y los nervios que le arden, así lo siente, le arden. Fue un accidente, Luisito. Cómo. Se nos escapó, mamá abrió la puerta, y justo pasaba un auto y, bueno, pero no tenés que ponerte mal, escuchame, Luisito, no tenés que ponerte mal porque él te quería muchísimo y va a estar siempre, allá, en el cielo, con la abuela, va a estar mirándote todas las noches, te juro que sí. Y quién fue. No sabemos, dice Luis padre, un señor, no lo vimos bien. Mentira, sí saben, todos saben, pero no le dicen, no porque estén al tanto de la pueril rivalidad, sino porque quieren ser prudentes, a ver si a partir de eso lo empieza a odiar al compañerito que no tiene nada que ver, porque es un accidente, más vale, un accidente. Che, se le acerca al día siguiente Mario, vos tenías un perrito. Sí, tenía. Vos sabés que cuando mi papá me dijo, me dio una lástima tremenda. Tu papá. Sí, no lo vio, pobrecito, a mí también me gustan los perros. Y es malo, Mario es malo, porque se hace, quiere hacer las veces de complaciente, pero en el fondo, en la más absoluta y profunda perversidad que

compone el jugo, la sustancia humana, ahí, en ese lugar, hay una fragancia de disfrute feliz, es venganza, Luis Quesada, venganza, los árboles y las cosas se acomodan de manera tal que siempre apoyan al bueno, al bueno de mí, de yo, Mario, el bueno, claro, lo lamento mucho, pero así son las cosas, uno por uno, justicia, no está la Silvia conmigo, no está el perro con vos, enterate, tarado. Tu papá es un boludo, tendría que haberlo visto. Fue un accidente. Sí, pero los accidentes pasan cuando uno es un boludo. No digas así de mi papá. Digo la verdad, la verdad no ofende. Sabés qué, me alegro entonces de lo que le pasó al perro. Trompadas. A sacarse la mugre. Piña por lo del perro, por las burlas, por la Silvia, todo mezclado, todo mezclado.

Adulterio

Pateó el palo del arco para acomodarse los botines, pasó la mano por la red para verificar la ausencia de agujeros. El juez de línea ya lo había hecho, pero Mario verificó la verificación, porque mejor desechar cuestiones de forma y concentrarse de lleno en el contenido. Le gustó oír las frases de aliento y de esperanza a sus espaldas y sonrió por dentro, no iría a contestar, porque hablar una vez con el público es hablar durante todo el partido y, por ende, sumergirse en el riesgo de la dispersión. Lo vio entrar a Luis a la cancha y ubicarse en el área de saque. Y le llamó la atención, porque mientras todos los demás jugadores peloteaban o estiraban los músculos, Luis, en cambio, ya había tomado posición y estaba ahí, listo, solo, y con la vista en dirección al arco de Mario. Es un pelotudo, me quiere provocar, ya lo conozco, se dijo Mario e hizo crujir los dedos. Cara o cruz, dijo el árbitro, serio.

Cara, dijo Lorenzo, el mediocampista del Atlético. Voló la moneda, hizo un giro acrobático en el aire y cayó por el canto, para luego dormirse cómodamente sobre la mullida superficie del césped. Sacan ustedes, dijo a Luis Quesada. Y pitó.

Dossier

Lo que sigue a continuación, fue extraído de los archivos de audio del programa *Pasiones* de la radio *Umbral*, y remite al histórico encuentro entre el Club Atlético Fortunato Vélez y el Deportivo Estrada, que fue el día en que se dio aquello que inspiraría la leyenda del gol complejo u opinable, tal es la categorización que le han asignado algunos de los distintos oradores en las diferentes regiones geográficas del país: Arranca el partido, señoras y señores, ya la tiene Quesada, Manfredi, se la pasa a Varela, retrocede, al ataque va Serrano, se encima Columba, traba, se mueve hacia el fondo, sigue Varela, ahí se la saca Serrano, cambia hacia la otra punta, juega Valenzuela, ahora se la pasa a Núñez, se le va larga, no llega. Y es lateral para el Deportivo Estrada. Saca Varela para Manfredi, esquiva a Serrano, toca para Quesada, juega Quesada, gambetea a Columba, quiebra para el otro lado y avanza, atención que está libre en el fondo, pica hacia el arco, traba con Reinoso. Ya pasó Quesada, va a patear al arco desde lejos, y es: PALOOO. La retoma Manfredi, patea. Y la pelota se va afuera. Casi es el primero. Acomoda la pelota Santoro. Toca para Reinoso. Salen desde abajo. Van buscando abrir. Sigue Reinoso, se la pasa a Serrano, toca para Giménez, pase largo para Cámpora y atención que está solo, lo persigue Cardozo, no alcanza, sigue Cámpora, ya se metió en el área, patea desde ahí y:

EL ARQUEROOO, tremenda atajada. Es córner para el Fortunato Vélez. Acomoda la pelota Cámpora, va a tirar el centro. Patea Cámpora, salta Giménez, cabecea. Fuera. Es saque para el Deportivo Estrada. Le pega bien fuerte Maldonado, pasa la mitad de la cancha, ahí le recibe Manfredi, toca para Varela, vuelve con Manfredi, ya la libera para Quesada, otra vez, Manfredi, Varela, Ocampo, Manfredi, está por irse afuera, ahí la recupera Varela. Toca para Quesada, corre Quesada, gira hacia un costado, esquiva a Columba, lo traban, se cae, conserva la pelota, se levanta y sigue, atención que se viene, se acerca al área, intenta pasar, vuelve hacia atrás con un taco para Manfredi, se la devuelve, la baja con el pecho, corre hacia un lado con un amague, vuelve con un pase largo hacia el centro de la cancha, se la devuelven, otra vez, la tira hacia el centro de la cancha, se la devuelven, hace lo mismo, se la devuelven, otra vez, y de nuevo, otra vez, la recibe, entra al área de espaldas, gira, se enfrenta con Santoro, la defensa no lo quiere bajar en el área, mira hacia un costado, la va a pasar a Manfredi, se queda parado, Santoro no le sale, atención, señoras y señores, no sabemos por qué no patea, tiene el arco libre, toma carrera, le pega con la derecha, cae al suelo y es GOOOOOOO. No, la atajó Santoro. O es GOOOOOOO. Pero la tiene Santoro. O entró.

Adulterio

Dos minutos antes de eso, Silvia, atrás, contra el alambrado: Vine, Mario. Ya te vi, mi amor. Y las jugadas, proyectadas más allá, adelante. Les voy a demostrar, les voy a demostrar a todos, se dice Mario, quién se piensa que es para venir así, a romper con la tranquilidad de un buen partido, se hace el ágil, se hace

el talentoso, no le quedan muchos años de fútbol, en cambio a mí sí, idiota, tonto Luis, idiota, que venga, que se venga, el gallito, le atajo todo, todo le atajo, porque si hoy hay algún gol, es nuestro, y si es de ellos, no lo hace él, estamos, es promesa, Mario, prometido, bueno; se va a agrandar porque pegó en el palo, pero palo es palo, y ahí no se cuestionan mis virtudes, palo es palo. Y entonces, pasa, entonces, se da, entonces ocurre, entonces empieza ese lento proceso que durará minutos, segundos, pero que más tarde será predicado por años y años, es el momento en que el paradigma del fútbol tiembla, se escarcha, se reduce a una nada insignificante, después los comentaristas llenarán huecos, dedicarán programas enteros. Ya va Luis Quesada, alias Topo, tensa los músculos, la hemoglobina bulle por el torrente y estallan los glóbulos, como millones de estrellas recién creadas, poblando el universo, ya articulan los huesos, se amuran los tendones y el corazón late como un bombo destartado que lo único que espera de la vida es la muerte, muerte por gloria, con gloria. Levanta la vista, establece el contacto, aparece una delicada línea imaginaria que, de materializarse, fundiría el hierro. Santoro, paciente, como un fusilado suicida, denme balas, denme, acá, apunten bien, no tiemblo, no temo, justo al pecho, qué me importa, si soy de oro, soy de mármol, de hielo seco, soy, porque este arco es mío, y la analogía viene muy bien al caso, porque penetrar es entrar, quedarse, y la Silvia es mía, y el arco es mío, y yo soy dueño de ambas, sendas, dos cosas, se entendió, pelotudo, eh, o te lo repito. Mientras, el relator, obediente, relatando nada, relatando acaso un silencio, mientas, los otros jugadores, olvidando el partido, se acabó el fútbol, empezó la guerra interpersonal, se van a matar, si patea afuera, se matan, si entra, se matan, si ataja, se matan.

Ahí Quesada se acordó del perro, ahí Santoro se acordó de la expresión al padre, al padre pelotudo, sea como sea, padre pelotudo, y Silvia, Silvia, claro, quedate con la Silvia, pero no te olvides de lo que pasó durante aquella Navidad, y ahí ya no éramos chicos, es más, no éramos chicos porque te habías casado, lo sabemos los tres, nadie más en este pueblo, sí, señor, lo sabés muy bien, borracha o no, después de tantos años, nos dimos un beso, un flor de beso, y no un beso de chicos para jugar o para pelear, un beso de adultos nos dimos, y yo ya sé que te pidió perdón y todo, pero al beso me lo llevo, sabes, en Alemania me acordaba del beso cuando estaba solo, Mario, me acordaba, y todavía hoy, ahí, la veo detrás del alambrado y me acuerdo. El impulso le baja desde la columna vertebral y, más que impulso, es una descarga que hace explotar las bombitas de luz en todo el pueblo, la pierna enfoca, la vista coordina, los dedos, ahí adentro, transpirados, calentitos, viven la vida y son una prolongación de las ideas, porque de una patada se tumba el monumento a un prócer, de una patada mata un caballo, lo que sea, patada. Patea. Y va la pelota que zumba como un bólido independiente del resto del planeta, atraviesa el aire y labra una estela incorpórea que solamente perciben cuatro ojos: los de uno, los de otro. No la ve, Santoro no ve la pelota, pero así y todo estira los brazos como una solterona en busca del ramo, y las manos, también, aplaude el mundo, urdiendo la más desesperada salvación, quiere ser héroe, quiere empujar de las vías a la mujer del tren y echarla a un costado para hablarle, para contarle, la vida es buena, no lo vuelvas a hacer, pensá en tus hijos. Salta como nunca y, por unos segundos, está más allá de la tierra, es ángel, es fantasmagoría, es polen, es un montón de manos que crecen, grandotas, hinchadas, o,

simplemente, es Mario Santoro, un arquero empecinado hasta las últimas. El tiempo se fracciona en miles de partecitas, y lo que pasa a continuación ya es delirio, ridícula ambigüedad de locos lunáticos. Siente la textura del cuero, prensa con los dedos, con las palmas, no se le va a resbalar. Y no, no se le resbala. Y experimenta la fuerza de mil kilos que intenta despegarlo y arrojarlo, arrastrarlo. Pero no, no se va a mover. La cámara de la pelota, se sale y se incrusta contra la red. Pero no así con el cuero, que se queda con él, se queda, en colgajos. Y es gol, o no es.

SEGUNDO PREMIO

A un paso de Nismanaia

Alejandro Carmelo Dato



Alejandro Carmelo Dato

Nacido en la ciudad de Necochea, provincia de Buenos Aires, Argentina. Hijo de inmigrantes italianos. Obtuvo a los dieciocho años el título secundario de Técnico Electromecánico. En 1990 estudia en la ciudad de La Plata, en la Facultad de Periodismo, donde se recibe de licenciado en Comunicación Social, y eventualmente trabaja como periodista haciendo algunas colaboraciones a distintos medios de la zona. Paralelamente, escribe sus primeros textos con intención literaria, poesías y relatos breves. Por entonces edita de manera independiente un libro de poesía: *Posdatas*. En el año 2002, en plena crisis económica, emigra hacia España, se gana el pan con diversos trabajos y sigue escribiendo. Publica dos cuentos en la revista cultural *Iguazú*, subvencionada por la Universidad del País Vasco, y edita, otra vez de manera independiente, un libro de relatos breves: *Todo un sistema de nervios*. Conduce y edita un programa

de radio emitido en Radio Pica dedicado al cine y a la literatura y paralelamente escribe para *Bicho Mosquito*, una publicación electrónica dedicada a la literatura. En el mes de octubre de 2009 gana el segundo premio en el XI Certamen de relatos cortos “Tierra de Monegros” con la obra *A un paso de Nismanaia*. Cuenta con una novela y un conjunto de cuentos todavía inéditos. Actualmente vive en Barcelona.

A un paso de Nismanaia

Alejandro Carmelo Dato

Karzo Tihari

“Karzo Tihari se entera del asunto cuando va al banco a retirar un depósito a plazo fijo, que había vencido hacía un montón de años, y la cajera le informa que no puede acceder a su solicitud. Esto pasó en abril. Karzo Tihari estaba legalmente muerto en los listados del banco desde el mes de febrero de 1995, o sea hace catorce años. Nuestro compañero Sardinski, alineado bajo el ala de Vonmiglásov, fue el responsable de la alteración del registro y la maniobra de la herencia. Obtuvimos con el enroque, setecientas hectáreas al norte con un buen rendimiento de cultivo, y unas ciento cincuenta cabras que rebalsaron leche. Era un caso servido, un solitario: Karzo Tihari se había ido a la India y hacía años que había desaparecido del mapa.

Ahora que se le ocurre volver y celebrar su funeral este viernes frente al Palacio de Justicia. Sardinski es un cuadro prolijo y de arriba lo apoyan. Si salta un caso, saltan todos. Hay que borrar a Karzo Tihari”.

Esta voz estropeada pertenece a Rudastán. Están en una cocina vacía y muy iluminada. Hay un sobre tirado sobre la mesa. Farco hojea las fotos y se va.

Dos días más tarde.

—¿Señor Tihari? —es Farco.

Está en el jardín de una casa. Un perro se asusta con el estampido. Lo secundan otros ladridos en el resto de la cuadra.

Las sábanas de Valeska

Comienza el mes de junio, suena la alarma. Farco la apaga y se queda inmóvil bajo la frazada. Se está separando de su mujer, Valeska, y hace dos semanas que duerme en el sofá. Camina en pijama hacia la cocina, se prepara un café y mira legañoso los restos de la cena en la piletta. Su suegra, la señora Rushdi, llegó ayer de la montaña y ocupó anoche su antiguo lugar en la cama. Sobre la mesada está el periódico del día y tiene una mancha de mermelada. No hay nadie en casa. Valeska se llevó a su madre a pasear por la ciudad. Sale de la cocina después de una ojeada distraída a los titulares. En el living hay cajas abiertas contra las paredes: son sus cosas. Abre la puerta de doble hoja que da al balcón y deja entrar el aire fresco para que ventile. Valeska quería un hijo. Piensa. Puso ayer las sábanas en el lavarropas y todavía no las colgó. Las sábanas de Valeska. Piensa. La camiseta enorme que usa para dormir. Los horarios

de Valeska. El canto del afilador de cuchillos que le llega de la calle con su bicicleta. Las funciones de los sábados y domingos de Valeska. Piensa. Valeska y su compañero de teatro, intentando no hacer demasiado ruido, mientras él duerme en el sofá.

Nos hunde la reconstrucción

“Se trata de Rita Marasni, la asesora de Ronescu. Puede que la ubiques. Fue la arquitecta del lobby por los posos del este. Esta mujer es un tiburón, Farco, y sabe ir armada. Nos llegó por Fidasha que está tejiendo por izquierda un arreglo con la destilería de Bahía Honda. Y si se salva la empresa, se nos hunde la reconstrucción de la ruta 36. Tenemos menos de una semana para resolverlo, hasta el jueves. Vonmiglásov y Ronescu hijo tuvieron una reunión esta mañana y la licitación sigue en pie. Estos son los datos y acá tenés las fotos”.

Es la voz de Rudastán, que ahora espera en la garita de una cochera. Farco ojea los datos bajo la luz de una lámpara de escritorio, y cuando va a examinar las fotos le suena el móvil negro. Al otro lado de la línea la señora Rusdhi está llorando. Pasó algo. La mujer dice que sí, tiene que verlo: pasó algo con Valeska.

Ya lleva quince minutos en la esquina de su casa y la señora Rushdi no aparece. Mastica un chicle que hace rato no tiene gusto a nada, busca inútilmente entre el gentío y ve pasar el tiempo, mientras fuma un cigarrillo tras otro. Al rato y a lo lejos, ve que se acerca la vieja, con una sonrisa tierna en la cara, cargando una bolsa que no parece pesar mucho.

—¿Nos tomamos un té? —dice la señora Rushdi.

–Usted no sabe lo complicado que fue para mí hacer este viaje, pero igual yo vine porque quería estar con mi hija. Claro, yo no sabía que estaban en esta situación... No sé cómo planteárselo... Me siento muy sola acá, ¿sabe? Y me cuesta, y ella no lo ve, no quiere...

–A ver –la interrumpe Farco–. Pelearon...

–Sí, me dijo unas cosas horribles –se le hunden las palabras en un sollozo.

–Señora Rushdi, ¿le pasó algo a Valeska?

–Se enojó mucho.

–...

–Se pone mal conmigo, no sé qué hacer.

El cliente que no apuraba

Dos días después, a eso de las dos de la madrugada, Farco está en el diván repasando los hechos del día. Se toca distraídamente el vendaje que tiene en el hombro, bajo el pijama, y aparta de manera brusca la mano ante una aprehensión repentina. Rita Marasni está muerta, eso es un hecho. Él casi cae. Ve que se ha encendido la luz de la cocina y escucha el chorro de agua contra la piletta. Se levanta con cuidado y encuentra a Valeska descorchando una botella de vino.

La había escuchado llegar después de la cena. Escuchó como dejaba el bolso sobre una silla, como se sacaba el abrigo y se metía en el dormitorio y luego en el baño. El haz de luz, que se filtraba por la parte superior de la puerta, iluminaba el vapor de la ducha que llegaba difuminado hasta el living. Farco lo observaba y se sentía ligeramente perturbado ante la

actividad de otro ser vivo. Tres centímetros más hacia la izquierda y la bala del hombro lo hubiera dejado en el suelo. Luego escuchó la cortina plástica que se corría, el sonido de la toalla frotando la piel, un breve silencio y un suspiro que no fue de cansancio. La quietud de la noche lo amplificaba todo. El cepillo de dientes contra los dientes, el agua del lavatorio que estuvo un buen rato corriendo, y finalmente, la puerta que se abría, sus pasos hacia el dormitorio, otra puerta cerrada y eso era todo. El día había terminado, pero ninguno de los dos tenía sueño.

No sabría precisar Farco qué era lo que estaba sucediendo, pero era casi palpable que a esa hora en la cocina, no eran ya dos viejos conocidos en el proceso de separarse. Apartada toda expectación, se sentían deslizar sobre la superficie de las palabras y las cosas, y más tarde pensaría Farco que era como descubrir el revés de un árbol que siempre se vio desde la misma ventana.

Se bebieron la botella en la cocina, que era estrecha y no tenía mesa ni sillas, y después se sentaron tranquilamente en el suelo, mientras fumaban y conversaban, manteniendo el acuerdo tácito de no franquear la puerta que los separaba del living.

Valeska le contó del tipo más sereno que conoció en su vida, un domador de leones que iba al café en donde ella trabajaba de camarera, cuando tenía diecisiete años. Era un tipo bajito y amable lleno de cicatrices y tatuajes, al que recordaba como a un cliente que no apuraba, que la sabía esperar. Lo había recordado bajo la ducha, no sabía cómo, después de muchos años.

Al terminar la botella, abrieron otra. Farco le contó del pueblo de su padre, de los restos de una embarcación varada en la orilla, que traía a la memoria de los mayores una época en la que el caudal del río permitía la circulación de barcos de altura. Un lugar prohibido por todos los padres del pueblo, al que solían escaparse los pibes a jugar entre sus fierros oxidados.

Buscando huesos en la tierra

Farco conduce su Lada azul a fondo por la ruta 44 hacia Zitaskov, el pueblo de su padre. Hace años que no va. Se acerca el fin de semana y sabe que no tendrá encargos hasta que no baje la polvareda que levantó la muerte de Marasni. Salió de la ciudad a las tres de la tarde, después de un almuerzo ligero. Llegará a destino, calcula, en unas cuatro horas. La ruta no está muy transitada, pero está llena de alguaciles que impactan contra el parabrisas. Resulta una tarde espléndida. A ambos lados de la ruta se yerguen los sembrados de girasoles.

En la guantera lleva un sobre con setecientos prolaks para dejarle a su padre. No sabe todavía si va a hacerlo, ni siquiera sabe si podrá tolerar los cuatro días que planea pasar con el viejo.

Se detiene en una estación de servicio a la altura de Kasteliski y entra al pequeño comedero adosado. Una rubia madura de movimientos rápidos se arrima a su mesa y él pide un café. A un par de metros dos camioneros conversan. Farco observa que el más joven mira cada tanto a la camarera con gesto apenado.

Mientras toma su café, un pibe en chándal, de nueve años, entra excitado en el comedero con una pequeña

calavera en la mano, y se sienta en la mesa de los camioneros.

—¡Epa! —exclama el camionero joven—. Ya tenemos un regalito para tu madre.

—¿Te gusta? —dice el pibe.

—Mucho... ¿Sabés de qué es?

—Mmm... ¿Un gato?

—No, no es de un gato. Esto es un hueso de liebre.

—¿Y se lo llevamos a mamá?

—¿Querés?

—No sé, papá, a mamá no le gustan los huesos.

—Eso cuando son restos de comida, pero esto es otra cosa.

—Como el de Rostenko.

—¿Qué tiene Rostenko?

—Tiene un muñeco con una cabeza igual. Dice que ahuyenta a los pájaros, así no le comen lo que tiene en la tierra.

—Ah, un espantapájaros.

—¡Fa! ¿En casa?

—No, no.

—...

—Nosotros no cultivamos nada, hijo.

En eso se arrima la rubia con un vaso de chocolatada para el pibe y le dice algo al oído. El pibe niega con la cabeza.

—Entonces te lo vas tomar, ¿no? —dice la camarera.

A través de la ventana, Farco observa que junto a los dos camiones estaciona un jeep militar. El conductor no lleva uniforme y baja con un ramo de flores secas.

Las refacciones pendientes

Al segundo día en Zitaskov empiezan a picarle las manos. Pensó en una alergia y no le dio importancia, aunque se rascaba cada vez más y se le enrojecía la piel.

El trato con su padre resulta cordial, pero de una extrema reserva, y Farco no tiene claro si lo ha hospedado como a un hijo o como a un viajante; Zitaskov es famosa por su hospitalidad para con los extraños. No hablan mucho y las pocas charlas que mantienen versan sobre la pesca en el río y las refacciones pendientes de la casa. Por las mañanas, entonces, Farco arregla algún grifo o una ventana, y por las tardes juegan al ajedrez en el comedor.

Las primeras aperturas y gambitos los aprendió Farco de su padre cuando todavía llevaba pantalones cortos. Adulto ahora, el viajante espera su turno con las manos unidas y los codos en la mesa, y sucede a veces que el viejo parece tomar repentina conciencia de que ese, al otro lado del tablero, es su hijo. Enseguida se lo nota tenso, olvidado del juego y como asustado, pero la impresión se esfuma como una idea pasajera.

Por las noches, el viejo se acuesta temprano, después de lavar su plato, y Farco se queda mirando televisión, sin entender nada de lo que está viendo.

El lunes por la mañana, mientras su padre camina por el sendero que lleva al río, Farco aprovecha para

dejarle el sobre con los prolaks sobre el televisor. Guarda unas pocas ropas en el bolso y se sube al Lada para emprender el regreso. La picazón ha dado paso al dolor y ahora le cuesta mover las manos.

Todos de ejecutores

Es mediodía del martes. Farco está de pie en el muelle, observando como los caballos bajan del buque de bandera prestoniana. Los están arreando hacia los dos camiones de jaula que los llevaran a uno de los campos de los Vonmigláslov. Junto a Farco se encuentra Piotr, el capitán del buque. La descarga tarda cerca de media hora.

Ahora vamos a ver lo tuyo, dice Piotr.

Se dirigen hacia el Lada que está estacionado en la banquina. Farco saca de la guantera un paquete con quince pasaportes persos unidos por una banda elástica. Son todos de ejecutores, como Farco. Pero sus manos lo traicionan por tercera vez ese día y se le cae el paquete al suelo antes de entregarlo. Piotr se apresura a levantarlo y examina los pasaportes. A las 11, dice y se aleja. Farco golpea con todas sus fuerzas el capó del Lada, dejando una fisura en la chapa. Sus manos se han endurecido y el golpe no le duele. El malestar permanente viene de adentro de las manos. Piotr está lejos. Sube al buque y se detiene un minuto a observar unas amarras.

El magisterio de la incompetencia

Farco no puede ir al baño solo. No puede bañarse, ni vestirse, ni cocinarse, ni comer sin ayuda. Por tal

motivo, ha contratado a una señora llamada Nadezhda, que normalmente se dedica al cuidado de ancianos. Por cinco prolaks a la semana, Nadezhda está cuatro horas por la mañana y otras cuatro por la tarde.

Valeska se ofreció a ayudarlo en su tiempo libre, pero Farco no quiso exhibirse en una dependencia tan penosa y le dijo que no. De hecho, apuró la mudanza por esta razón, y ahora vive cerca del bosque de Nismanaia, en una casa de cuatro ambientes.

El dolor que debía combatir con cuatro dosis diarias de analgésicos ha dimitido, y ha dejado de hacer los dos baños diarios que el doctor Rasmilikov le prescribió para sus manos. No quiere que Nadezhda vuelva a sacarle las vendas. Lo que haya debajo, de ahora en más, es algo de su exclusiva incumbencia.

Son las tres de la tarde y estará solo hasta las cinco. No puede manipular las llaves y, por tanto, si sale de la casa no podrá volver a entrar. Se sienta en el sillón que a esta hora recibe una luz cálida de la ventana. La pasividad ha ralentizado el biorritmo de Farco y su respiración es lenta. La casa está en silencio. Él descubre, en este estado, que no es necesario desear nada. Por momentos presiente que algo se está articulando y cierta tensión es posible en el extremo de sus brazos.

Un antiguo inquilino de la casa

Tres días después llega una carta para Vladislav Smirnov, un antiguo inquilino de la casa. Nadezhda llama a la inmobiliaria y le informan que puede hacer lo que guste con la carta, Vladislav les debe tres meses incobrables. El sobre queda junto a los diarios en la mesa ratona y Nadezhda sigue con sus quehaceres.

Con todo el tiempo del mundo, después del almuerzo, Farco abre el sobre con los dientes y despliega la carta.

La escribió una mujer desde Tanzasky. Habla de un viento huracanado, de árboles caídos, cables en las calles y nueve niños aplastados en un polideportivo. Cuenta. En Tanzasky el mar sigue avanzando sobre la costa y a Boris lo han ascendido a capataz (calculan que para el 2011 el estadio va a estar terminado). Alina no puede escuchar tu nombre sin poner a todos los santos en el cielo. Hermano, ¿qué le hiciste para que te tenga tanta tirria? Y yo, como siempre. A veces pienso que debería dejar a Boris, pero hay algo vicioso en mis quejas que temo dejar atrás. Papá bien. Camina ahora cuatro kilómetros por las mañanas. El resto más o menos igual. El juicio de Mijail sigue parado y la fábrica de botones no prosperó.

Tras el ruido seco

Ya llevan diez días juntos y Nadezhda observa, con aprobación, como Farco se somete sin conflicto a sus cuidados. En este tiempo, el olfato de Farco se ha sensibilizado a un nivel inhumano. Es capaz de diferenciar la cercanía de un pieza de aluminio, por ejemplo, de otra de acero. Por el olor que Nadezhda trae de la calle, reconstruye el almuerzo que tomó en su casa al mediodía (al otro extremo de la ciudad), e incluso, como le pasó hace tres días, supo del encuentro más bien breve con una sobrina que estaba embarazada.

Estando ahora en una tumbona en la galería, mirando el bosque de Nismanaia que se alza a unos trescientos metros de su casa, bajo unas nubes de

lluvia que el viento arrastra hacia el norte, entrena su atención en un remolino de cien aromas huidizos. Es capaz de aislar algunos de ellos y hasta de prever su fuente de emanación por puro instinto, pero es falible, todavía muchos se le escapan y le resultan del todo desconocidos: sin ir más lejos, el que él mismo viene emanando desde hace unos días.

Finalmente caen las primeras gotas que en pocos minutos se transforman en un fuerte chaparrón con relámpagos y truenos. Farco siente primero algo parecido al frío, pero al momento se da cuenta que no es por eso por lo que está temblando. Nadezhda se asoma por la puerta de entrada (que dejó entreabierta para que él pueda entrar cuando quiera) y mira primero la tormenta sin decir nada. Le echa luego una mirada a Farco y, algo alarmada, se ofrece a traerle una frazada, pero él le pide bruscamente que lo deje solo. Apenas Nadezhda desaparece de la puerta, para seguir limpiando los azulejos del baño, él se inclina hacia delante y vacía su estómago en la galería. Fue en ese instante, estando doblado en dos entregado al movimiento de sus tripas, cuando se percata de que algo pasa bajo sus vendas, algo que en su sangre siente como una capacidad emergente, tras el ruido seco de un quiebre. Entra apurado en la casa y comienza a arrancarse las vendas con los dientes. Nadezhda se asoma otra vez al oír sus bufidos. Las manos de Farco son ahora dos enormes pinzas de cangrejo. Se abren, se cierran, le obedecen. Son fuertes, y ahora lo siente, son suyas.

Los caminos del bosque

Es noche cerrada de jueves. Farco dirige el Lada hacia un polígono industrial de la zona sur. Mira la

ciudad y, mientras deja atrás la avenida Trenaska (sin ver a un alma), trata de recordar a quién le toca guardia hoy. Si es Sturov, no tendrá necesidad de mostrar ninguna documentación. Si no está él, tendrá que mostrar las pinzas y usarlas. En un rincón apartado de su conciencia perdura la posibilidad de un error atroz, bajo una determinación acerada. Pasados unos diez minutos, llega a la garita aminorando la marcha, cabecea a Sturov a modo de saludo y sigue de largo. El alumbrado de las calles del polígono dibuja círculos iridiscentes de un aire espeso. Estaciona el Lada ante la nave 53, abre el candado del portón y sale a los pocos minutos con un bulto que guarda en el baúl.

Conduce ahora hacia el oeste, agarra por Storta y se desvía a la altura de Grandes Ministerios. Pasa por delante de la que hasta ahora fue su casa y ve que la zona esta acordonada. Hay tres patrulleros y están tomando declaración a dos vecinos. Se detiene ante un semáforo en rojo a las dos cuadras. Una ambulancia con las valizas encendidas pasa en sentido contrario. Farco no piensa ya en lo sucedido. En lo que a él respecta, hasta su nombre está punto de quedar atrás.

Finalmente llega al enorme arco, que da la bienvenida al Nismanaia, y entra en los caminos del bosque. Por unos segundos se ausenta y aprieta con fuerza el volante. Se ve a sí mismo al borde de un pozo. Ve a Valeska como un reflejo en el agua, al otro lado. Y no hay arriba ni abajo. Conduce media hora hasta encontrar el final del sendero. Su mente está nuevamente clara y calma. Detiene el motor del Lada y deja los faros encendidos. Abre el baúl, activa un artefacto que titila con una luz verde, y apoya con cuidado la tapa, sin cerrarla del todo. Le llega un coro abarrotado de insectos

y animales que se agita tras los árboles. Respira hondo. Siente la humedad en los pulmones, en los ojos, en el pelo y en la piel. Mientras se adentra en la oscuridad del follaje, los pasos se precipitan y antes de recorrer los primeros cien metros está corriendo, buscando la presencia de una resistencia feroz con cada partícula de su cuerpo, y lanza un alarido que parece alterado, pero no lo es. Sus ojos ya se habituaron a la oscuridad. Distingue una liebre nerviosa que pasa disparada a su derecha, al tiempo que resuena la explosión del Lada y se agita el bosque. Se detiene un momento y se queda inmóvil como un árbol. Disipados los olores del hierro y de la pólvora, huele a la distancia la presencia de un oso. Corrige su rumbo y se dirige hacia él.

ACCÉSIT

El cocinero del H.M.S. Beagle

Juan Luis Rincón



Juan Luis Rincón

Tengo 50 años. Soy profesor de Educación de Adultos desde hace 25 años en el Centro Municipal de Educación de Adultos de El Puerto de Santa María.

Escribo con regularidad desde hace 10 años y he tenido la suerte de haber recibido más de 60 premios literarios en diferentes géneros: cuento, relato, teatro, columnas de opinión, etc.

El cocinero del H.M.S. Beagle

Juan Luis Rincón

Demuestra entonces el autor que si naciese un solo individuo que variase en algún modo que le diese dobles probabilidades de que sobreviviera y críe, y que la mitad de sus crías hereden la variación favorable, todavía, según sigue exponiendo el autor, las crías tendrían una probabilidad tan solo ligeramente mayor de sobrevivir y criar, y esta probabilidad iría decreciendo en las generaciones sucesivas. Lo justo de estas observaciones no puede, creo yo, ser discutido. Por ejemplo: si un ave de alguna especie pudiese procurarse el alimento con mayor facilidad por tener el pico curvo y si naciese un individuo con el pico sumamente curvo y que a consecuencia de ello prosperase, habría, sin embargo, poquísimas probabilidades de que este solo individuo perpetuase la variedad hasta la exclusión de la forma común; pero juzgando por lo que vemos que ocurre en estado doméstico, apenas puede dudarse

que se seguiría este resultado de la conservación, durante muchas generaciones, de un gran número de individuos de pico más o menos marcadamente curvo y de la destrucción de un número todavía mayor de individuos de pico muy recto.

Charles Darwin. *El origen de las especies*. Frag. del Capítulo IV

–“Y se *corrompió* la tierra *alante* de Dios, y estaba la tierra llena de violencia. Y miró Dios la tierra, y estaba *corrupta*; porque toda carne había *corrupto* su camino sobre la tierra. Y dijo Dios a Noé: El fin de toda carne ha *vinido* delante de mí; porque la tierra está llena de violencia *por mor* de ellos; y he aquí que yo los destruiré con la tierra. *Jarte* un arca de madera de *Gofre*: *jarás* aposentos en el arca y la embetunarás con brea *por adentro* y *por afuera*” .

Mi abuela Nemesia, por el negro abrigado y riguroso que la cubría en cualquier época del año, parecía de lejos un cura viejo o un fraile cansado. A la luz de la tarde serrana y, más tarde, bajo la luminaria del candil en la cocina de la gañanía en la que los había “*recogido*” don Leandro, recitaba para nosotros el Génesis sin quitar una coma y añadiendo de su cosecha solo alguna aspiración sustituta de la hache o alguna versión andaluza de las palabras sagradas.

Hacían los dos de cocineros en la temporada de faenas y de guardas durante el resto del año porque ya estaban muy mayores para andar de cuadrillas de un lado a otro de la sierra Mágina. Mi abuelo, además, se encargaba de las pequeñas faenas del cortijo porque no sabía estarse quieto; de las grandes labores –escardar, limpiar, meter la grada, etc.– se encargaba el Lolo, que, aunque vivía en el

pueblo, pasaba con su familia la mayor parte del tiempo allí arriba.

Nunca aprendió a leer: de pequeña no pudo y de jovencita no quiso cuando se casó con mi abuelo Gregorio, un hombre tan guapo y a la vez tan raro de ideas y costumbres, venido de la mar, que sí sabía leer y “... *hasta escribir...*” –presumía ella–, que había querido enseñarla mil veces, tantas como ella se había negado. Le bastaba con que al principio él y, más adelante, alguno de sus hijos o sus nietos, le leyera de vez en cuando las historias de Noé y su arca una y otra vez, para grabarlas aún más en su prodigiosa y eficaz memoria.

Y mi abuelo Gregorio, racional, agnóstico de toda la vida, a pesar de haberle ayudado durante muchísimos años a memorizar aquellos pasajes con los que amenizaba nuestras veladas, cuando nos recostábamos sobre sus enaguas y arrobados por la fuerza de su narración, dejábamos que el sueño nos cerrara los ojos y abriera las orejas, mi abuelo, digo, al ver como bebíamos aquellas leyendas como si fueran realidades no podía resistirse a matizar:

–Pues Sir Charles decía que todo eso de Noé, del arca y de los dos animales de cada especie no eran más que hostias y memeces...

–¡Ya salió el “*Sirchal*”, cómo no iba a salir! ¿Me quieres dejar que cuente las cosas como yo me las sé? –le interrumpía airada mi abuela en una danza de dimes y diretes que me acompañó en una feliz infinidad de veladas con mis hermanas y Lupecita y los suyos, rodeándola. Toda una párvula bandada de niños y niñas descalzos se rebullía buscando el mejor sitio sobre el cuarteado suelo de pizarra del lugar más caliente de la casa, la cocina grande.

Y es que mi abuela, no lo pensaba yo entonces pero lo maquino ahora, inflamada el alma por don Modesto —el cura que la visitaba a menudo—, creía que las palabras de mi abuelo eran pura blasfemia. Resignada a que su marido ardiera eternamente en las calderas de Pedro Botero, no solo por sus ideas sino también por mil otros pecados que le conocía de vidas anteriores al matrimonio, Nemesia pretendía evitar que su condena se extendiera también a sus nietos y a los demás niños y niñas que pululaban por la gañanía.

Pero, pese a las prédicas de ella, yo no temía a mi abuelo. Me atraía sobremanera salir al olivar con él durante la primavera cuando apenas había faena por el cortijo y él se dedicaba a curar con destreza los árboles enfermos que el sol empezaba a secar por arriba o a poner cebos con miel para acabar con la mosca que agusanaba las aceitunas y las pudría haciéndolas caer antes de su tiempo. Durante el tiempo que duraba el tajo no dejaba de contarme cosas con ese acento diferente y peculiar suyo que tanto me gustaba.

—*Aizu*, Goyito, Sir Charles decía que, por ejemplo, si naciese una mosca con párpados —que no lo tienen, no sé si lo sabes— y la criatura no tuviese que pasar tanto rato limpiándose los ojos con las patitas, sus descendientes, además de acabar con todos los olivares de D. Leandro, terminarían por imponerse a las demás moscas *desparpadadas* porque se alimentarían más y mejor y se reproducirían más que las otras. Él lo afirmaba sobre otros animales que vio en nuestro viaje, el del Beagle, pero yo te lo explico con moscas para que me comprendas, ¿entiendes?

Solo él me llamaba Goyito —a la abuela, “¡*Gre-go-rio*, puñetas, *Gre-go-rio!* ¡*El niño se llama Gre-go-rio!*”, se

la llevaban los demonios al oírle— pero, tras ese reclamo, yo decía a todo que sí aunque fuera más fácil entender las romanzas sagradas de mi abuela que aquel galimatías biológico de su marido. Yo quería creerle a él porque era sabio a su manera y ocurrente y tenía un tipo de humor especial que no era el de por aquí y además porque yo sabía que...

Mi abuelo, Gregorio Núñez, no se llamaba ni Gregorio ni Núñez sino Goio, Goio Arriaga Balasategi; me lo había confesado el día que cumplí nueve años y me apuntaron por primera vez en la lista de los braceros para la rebusca de la aceituna que caía al suelo. Según él, yo ya era casi un hombre y si podía trabajar en el campo y ganar un cuarto o medio jornal, también podría guardar secretos, secretos de hombre.

Era de Ondarroa, un pueblecito marinero cerca de Bilbao, del que salió enrolado en un falucho pesquero con 14 años y al que nunca volvió. Fue de puerto en puerto y de embarque en embarque por todo el Cantábrico haciendo de todo en el barco, *“hasta popatik hartu, ya sabes, tomar por donde amarga el pepino”*, aunque eso me lo contó mucho más tarde cuando ya tenía yo *“edad de comprender”*, casi 11 años. Un turno desastroso lo dejó varado en tierras inglesas en el otoño de 1831 y *“... pasé tanta hambre, ¡Jesús, María eta José!, que ya casi tenía pensado volver a nado a la playa de Arrigorri...”* cuando se enteró, en medio de una partida de cartas en una taberna del puerto de Plymouth, que un extraño capitán, Robert Fitzroy, andaba buscando cocinero para un no menos insólito navío, el bergantín “H.M.S. Beagle”, un buque de reconocimiento de Almirantazgo Inglés y de Su Majestad Guillermo IV, con el que tenía el encargo de dar la vuelta al mundo para hacer no sé

cuantas exploraciones. La convulsa situación política del continente se contagiaba con rapidez a la isla británica y Fitzroy veía peligrar su empresa con cada día de espera. La urgencia por zarpar jugó a favor de mi abuelo y, por lo que contaba, nunca tripulación tan selecta y numerosa –más de setenta personas entre oficiales, marinería y pasajeros más o menos ilustres– comió peor pero rió más con las ocurrencias que Goio narraba en su inglés chapurreado, sus maldiciones en arameo y la mucha, mucha ayuda de sus enormes manos.

Allí tuvo la suerte de conocer e intimar con un joven licenciado de Cambridge, el señor Charles Darwin, que se presentaba a sí mismo como naturista e investigador, y al que acompañó en alguno de sus desembarcos, cuando bajaba a analizar y registrar las costumbres de las tortugas y los pájaros mientras el capitán Fitzroy cartografiaba costas, ríos y estuarios. Fue a través de esas conversaciones con él donde mi abuelo aprendió realmente –o eso decía él– a hablar en inglés. A cambio, Darwin pudo anotar los nombres de algunas especies en vasco, en castellano y hasta en francés pues mi abuelo sería un mal cocinero pero era un hábil políglota como lo es gran parte de la gente de la mar obligada a faenar en mil patrias de tierra.

–No se lo digas a tu abuela, Goyito, pero a Sir Charles estuvieron a punto de matarlo varias veces por atreverse a decir aquellas cosas que decía contra Noé y sobre que las personas y los monos tenemos los mismos antepasados. Una noche le oí discutir acaloradamente con el capitán Robert en la proa del Beagle. El capitán, además de arrogante y autoritario, era sobre todo devoto y creo que, tras unas semanas de navegación, se arrepentía más de haberlo embarcado a él que de haberme enrolado a mí, por más que yo fuera un cocinero chapucero y que

apenas hablaba inglés y Sir Charles, un recién licenciado, inteligente y conversador ameno que era. Para colmo compartían la camareta y Sir Charles la había llenado de cachivaches. La cosa subió de tono y, *¡me cago en Satanás!*, tuve que llamar al contramaestre y dos oficiales para que mediaran antes de que Fitzroy, fuerte y rudo galés, lanzara por la borda a Sir Charles para que se ahogara con sus tortugas cerca de la isla de San Cristóbal.

Lo que nunca me contó fue cómo acabó Goio Arriaga Balasategi, de Ondarroa, convertido en Gregorio Núñez Cebrián, nacido en Santander. Años después de su muerte, cuando yo ya sabía la verdad, mi abuela en un ataque de furia me contó una versión sobre una pelea en el tramo final de la singladura del Beagle —“Hubo mucha sangre”, murmuró misteriosa— que le había obligado a desembarcarse precipitadamente en Las Azores y llegar a Faro para perderse por el interior de Andalucía, dejando en la orilla portuguesa el nombre y quizá la acusación por uno o más asesinatos. En 1837 no era difícil cambiar de nombre y obtener una partida de nacimiento nueva si había con qué pagar al escribano. “Quizá —fantaseaba ella, cruel, conociendo mi debilidad por el abuelo— pagó la nueva *idintidá* con lo que robó a sus *vírtimas*”. No la contradije pero tampoco asentí. No la entendía. Tampoco supe nunca por qué se casó con él, le dio una hija y le regaló una decena de nietos. Él la adoraba sobre todo a ella, pero también fue queriendo a toda su prole; por eso se quedó aquí, en la sierra. Me costaba aceptar el desapego, la falta de afecto que mi abuela demostraba a medias tintas cuando estaba vivo y que proclamó a voz en grito en cuanto murió devorado por el tétanos.

Mi abuelo nunca había sido un ejemplo a seguir en cuanto a limpieza e higiene —¿quién lo era por aquellos

tiempos?—, pero lo cierto es que se dejó ir demasiado aquella herida del brazo, la que se hizo en la cocina, el día que convenimos que vendría don Arturo a hacernos una fotografía de esas suyas mientras la abuela nos contaba a Guadalupe y a mí por enésima vez lo de Noé.

—“Y de esta manera la *jarás*: de trescientos codos la longitud del arca, de cincuenta codos su anchura, y de treinta codos su altura. Una ventana *jarás* al arca, y la acabarás a un codo de elevación por la parte de arriba: y pondrás la puerta del arca a su lado; y le *jarás* piso debajo, segundo y tercero”.

Nunca olvidaré que fue ese el pasaje bíblico, que esas fueron las palabras de mi abuela mientras don Arturo preparaba el armatoste que tenía por cámara y mi abuelo sonreía socarrón limpiándose las uñas con las tijeras de podar olivos, sucias de óxido, moho y tierra. A Lupecita, así la llamaba yo, que estaba hasta los huesos colado por ella, y a mí acababan de raparnos la cabeza porque no había manera de quitarnos los piojos, pero eso no le restaba ni un gramo de mi devoción.

—¡Qué arca ni qué niño muerto, *la hostia!* —interrumpió mi abuelo ese día—. Don Arturo, usted que es médico y sabe de ciencia, explíqueme a esta mujer que eso del diluvio y del arca no es más que una patraña. Sir Charles decía...

—Mira, “Gregorio Núñez Cebrián”: No molestes más a don Arturo con las *jistorias* de tu “*Sirchal*” o... —le interpeló mi abuela, y quizá con esta contraseña, citar el nombre y los apellidos, le estaba recordando que tenía algo importante que callar, que no le convenía discutir con ella.

Mi abuelo siempre se achantaba llegado este punto pero siguió jugueteando nervioso con las tijeras, con gesto serio y fosco. Don Arturo, viendo descomponerse la pose trabajada durante largo rato, lidió como pudo el temporal.

—¿Qué es lo que tiene un solo ojo, más de doscientas cabezas y tres o cuatro dientes de menos? —nos preguntó de repente a Lupe y a mí dirigiéndonos una mueca cómica de la cara.

—¡Un pulpo! —disparó la niña como una flecha.

—¡El cascamorras! —aventuré yo por probar.

—¡Marcial “El mellado”, el de la Larva, que vende ajos y...! —apuntó mi abuelo deteniéndose a esperar la continuación esperada, cómplice, de su mujer.

—... y es tuerto! —remató triunfal la abuela, difícil sorprender con adivinanzas y charadas, recuperando el protagonismo y volviendo a ser el centro de las miradas.

Y en el momento en que don Arturo disparó la fotografía, se oyó un grito y vimos como mi abuelo comenzaba a agitar los brazos como un molino, salpicando de rojo las paredes y maldiciendo, como en el Beagle, en arameo. En realidad, eran blasfemias en vasco pero a nosotros nos hubiera dado igual que hablara en inglés, latín o chino; solo corríamos tras él intentando pillarle el brazo para cortarle la hemorragia. Al final, Lolo, el padre de Lupe, que también había venido para componer la escena que quería el fotógrafo, consiguió inmovilizarlo pasándole los brazos desde atrás, por debajo de los suyos; la impresionante fuerza del hombre bloqueó los espasmos provocados por la conmoción. Don Arturo aplicó un torniquete en el antebrazo con el pañuelo que mi abuelo llevaba en la cabeza, el único recuerdo que le quedaba

de sus tiempos marineros. Mi madre, viendo el cariz que tomaban las cosas, nos tomó de la mano y nos sacó al patio agarrando una de las cántarillas que reposaban sobre la chimenea.

—¡Voy al pozo a por agua para lavarle la herida!

—¡Te has dado un buen tajo en la muñeca! ¡Mal sitio, Go... —y se corrigió rápidamente—, Gregorio! A ver cómo arreglamos esto... ¡Estate quieto, *coño*!

Fue lo último que oímos decir al médico mientras salíamos. Cuando mi madre llenó la vasija y volvió dentro, Lupecita me tomó de la mano y adivinando la angustia de mi rostro me dio un beso en la mejilla y dijo:

—Tu abuelo no se va a morir de esta, te lo prometo.

Y yo quise creerla sobre todo porque me había dado un beso, en la mejilla pero muy cerquita de los labios, el primer y único beso que recibí de la que fue mi primer y gran amor. Yo le pasé la mano libre por su cabeza rapada, por dónde empezaban a salir los nuevos puyones, negros como sus ojos, y dije sorbiendo los mocos y acallando los sollozos:

—Dice mi abuelo que le dijo *Sirchal* que si te naciera un piojo *colorao*, por ejemplo, capaz de pegar las liendres en la piel del *cráneo* en vez de agarrarlos al pelo, ya no serviría de nada que nos raparan la cabeza: se nos comerían vivos y los *sijos* de los *sijos* de esos piojos *coloraos* serían los emperadores de todos los piojos del mundo tuvieran el color que tuvieran.

—¿Y tú te lo has *creío*?

—*Sirchal* es un sabio que escribe libros. Mi abuelo tiene uno *escondío*, que yo lo he visto. No quiere que lo vea mi abuela pero yo sé dónde está. Si quieres te...

—¿Por qué no se olvidaría Noé de meter los dos piojos en el arca? —me cortó súbitamente Lupecita mientras empezaba a hacer muecas y a rascarse furiosa la cabeza.

Y, de repente también, me olvidé de la herida de mi abuelo y nos echamos a reír así, con las manos cogidas, pensando en todas las cabezas de los animales y los humanos que navegaban en el arca durante tantos días, venga a rascarse.

Pero Lupe se equivocaba. El corte era vertical y había rasgado, destrozado más bien, las arterias y las venas, tal como hacen los suicidas convencidos. Además, se abría con frecuencia porque mi abuelo, terco ondarreta, durante los primeros días no dio importancia ni cuidados a la herida e insistió en seguir con el Lolo metiendo la grada a los bancales de abajo, los más deteriorados por las torrenteras. La fiebre apareció una semana después y el primer domingo de marzo ya no pudo levantarse. Poco a poco sus brazos, sus piernas se fueron quedando rígidos como si fueran tocones de olivos secos. Al final su mandíbula encalló en una isla de silencio y ya no pudo gruñir más cuando mi abuela rezaba el rosario con don Modesto al lado de su cama. Don Arturo venía casi cada día a casa pero sus cuidados solo podían aplacarle los dolores. Tres semanas después del día de la foto dejó de respirar.

Tras su muerte, mi abuela, mi madre, mis seis hermanas y yo tuvimos que abandonar la gañanía, que quedó en manos de los padres de Lupecita.

—De por mí *sus podrías* quedar pero don Leandro dice que vuestra familia tiene muchas bocas y muy pocos brazos útiles —repetía el Lolo mientras nos ayudaba a cargar nuestras escasas pertenencias en el carro que nos

llevaría a Úbeda donde sabíamos que se estaban formando arrabales con la gente que el hambre, las malas cosechas y la avaricia de los señoritos iban expulsando de las tierras.

—Don Arturo trajo esto para *vosotros* el día del entierro —añadió la mujer alargándonos un sobre grande. En su mirada no había solidaridad. Siempre le pudieron los celos hacia mi madre.

Dentro estaba la foto que provocó la muerte de mi abuelo y la ruina a mi familia. Junto a ella había una libreta tosca, del tamaño de una cuartilla, en cuya primera hoja reconocí la caligrafía historiada de mi abuelo, la misma que había visto mil veces en el libro que él llevaba sobre el nombre de los braceros y sus peonadas. Me aparté del carro mientras mi abuela y mis hermanas terminaban de cargar las menudencias y, agazapado debajo del mismo hogar de la cocina donde mi abuela me hablaba de Noé, leí ávidamente algunas páginas que el azar me iba mostrando. Las primeras líneas decían: “Me llamo Goio, don Arturo, no Gregorio, *¡joder!*: Goio Arriaga Balasategi y soy de Ondarroa. Mi familia tenía dineros y yo fui a escuela de los curas y de allí me viene el repelús que me dan todos los de la sotana...”. Salté varias páginas con el corazón dándome botes en el pecho “... mi primer enrole fue de *itsasmutil*, de grumetillo, en un barco francés, la «Belle Marie», donde nadie me conocía, harto de aguantar las bofetadas de mi *aita* que quería hacer de mí un abogado pulcro e insaciable y las del hermano Fulgencio, un jesuita que quería fabricar un buen cristiano, un soldado de Cristo y de mi casi paisano, el de Loyola...”. Desde fuera, mi abuela empezó a llamarme. “... y yo, *¡fuck!*, pues poco había cocinado hasta entonces pero había visto mucho hacer y me presenté a ese capitán...”. Sentía los pasos de mis hermanas buscando por la casa. Y volví a dar

un salto en la libreta. “... simpatizamos mucho Sir Charles y yo porque el pobre andaba un poco jodido y solo en el barco que casi nadie le hablaba por las cosas que iba diciendo y yo, pues le daba carrete o así...”. Tenía que encontrar la parte que más me obsesionaba antes de que mi abuela me encontrara a mí “... habían bajado todos al muelle, en Isla Terceira, nerviosos como andaban por lo poco que quedaba de travesía. Busqué a Sir Charles por si quería que le ayudara a bajar sus cacharros para observar algo allí en las islas y no estaba en la camarera del capitán. Ya casi me había pensado bajar solo cuando oí unos gritos de la hostia por la borda de estribor, la contraria al muelle. Cuando llegué el capellán Macminther, gigantón y rudo, tenía agarrado por el cuello a mi amigo que parecía ya inconsciente y lo levantaba casi dos palmos del suelo. “«¡Hereje, hereje!», gritaba...”. Me imaginé a mi abuelo arremetiendo contra el capellán con todas sus fuerzas. “...cuando Sir Charles despertó, rato hacía que las burbujas de aire del capellán habían dejado de subir a la superficie”. Una sonrisa de complicidad surgió independiente en mi rostro. “... Yo, le mentí y le dije que lo había encontrado inconsciente y que no sabía nada del capellán, pero dos y dos son cuatro, y cuando volviera Fitzroy acusaría a Sir Charles de haber hecho desaparecer al curato, así que hice el petate y salí por piernas...”. Mi abuela entró en la cocina y me descubrió cuando yo había llegado a este párrafo: “... si no la hubiera conocido seguiría dando tumbos por el planeta huyendo del fantasma del capellán, pero me puse *memelo* como un tonto, enamorado de esa beata gruñona y ya no pude salir de esta sierra aunque si usted no hubiera convencido al del registro no me hubiera podido casar nunca con Nemesia”. No mostró el menor interés por la libreta pero, agarrándome por la oreja, me

arrastró hasta el carro donde ya estaban mis impacientes hermanas.

Lupecita no vino a despedirme. Quizá estuviera llorando por cualquier rincón de los olivares o las huertas pedregosas que habíamos recorrido de la mano en aquellos días en que mientras mi abuelo se moría, nosotros éramos felices imaginando cómo sería el mundo si se cumplieran los pronósticos de Sir Charles, si las moscas nacieran con párpados, los piojos con huevos pegadizos o naciera un hombre con la piel a prueba de cortes y laceraciones. Lo que no sabíamos ni yo ni ella era que nunca más volveríamos a vernos. Me contaron que unos piojos –nadie pudo decirme nada de su color o de la calidad de sus huevos– le contagiaron algo malo y murió apenas un año más tarde. No sé yo.

En el carro que me llevaba camino de la casa de Úbeda donde nos había buscado colocación don Arturo, donde se encontraban ya mi madre y mi hermana mayor que se habían adelantado una semana a nuestro viaje, yo no dejaba de mirar aquella foto y de preguntarme qué característica valiosa heredarían nuestros hijos, la inmensa prole con la que, seguro, Lupecita y yo poblaríamos el mundo futuro, qué elemento de nuestras herencias les harían reyes de nuestro pequeño universo de sueños:

–“... Y yo, he aquí que yo *traguio* un diluvio de aguas sobre la tierra, para destruir toda carne en que *haiga* espíritu de vida *debajo* del cielo; todo lo que hay en la tierra morirá. Mas estableceré mi *parto* contigo, y entrarás en el arca tú, y *tu sijos* y tu mujer, y las mujeres de *tu sijos* contigo. Y de todo lo que vive, de toda carne, dos de cada especie meterás en el arca, para que tengan vida contigo; macho y *jembra* serán. De las aves según su especie, y

de las bestias según su especie, de todo *restil* de la tierra según su especie, dos de cada especie entrarán contigo para que *haigan* vida. Y toma contigo de toda vianda que se come, y allégala a ti; servirá de alimento para ti y para ellos. Y lo *jizo* así Noé; hizo conforme a todo lo que Dios le mandó”.

Mi abuela seguía recitando el Génesis en el carro y pensé que quizá su fe a prueba de infortunios nos haría superiores pero se me vino la vista a la foto y vi en ella la sonrisa socarrona de mi abuelo. Abrí de nuevo la libreta por las hojas finales, vigilado de través por mi abuela que sujetaba las riendas, y lo imaginé diciendo: “... Sir Charles decía, don Arturo, que las especies animales y los individuos que las componen compiten ferozmente, ¡joder!, necesitan competir entre ellas para sobrevivir pero también afirmaba con similar vehemencia, que los humanos, para sobrevivir, debemos ser solidarios. Sé que no lo escribió en ninguna parte que hayamos leído pero yo lo oí, deberá usted creerme y si no se lo cree del todo por lo menos permita que mis nietos lean esto que me ha pedido tantas veces que escriba y que ellos mismos me juzguen...”.

Y le creí. Me di cuenta de que también él podía recitar a Darwin y que quizá si mis vástagos heredaran su fe pagana, su afán aventurero e inquieto quizá...

La fuerza hercúlea del Lolo o la intuición y previsión de mi madre también podían ser dones extraordinarios para subir en la escala evolutiva pero, finalmente, mis ojos se posaron en Lupecita y caí en la cuenta de que si nuestros hijos heredaban su mirada, su agudeza de reflejos, su inteligencia, la suavidad de sus manos o sus labios, el mismo Sir Charles que viniera en el Beagle, y

hasta mi abuela, convendrían conmigo que la mejora de la especie estaría garantizada.

Pero... ¿y yo?, concluí angustiado: ¿Qué aportará un espécimen común y gris como yo a esta carrera por la supervivencia y el dominio que augura Sir Charles y en la que tanta confianza tenía mi abuelo? No lo sabía entonces, no lo sé hoy. Sólo tengo la memoria, una fotografía, un lápiz y esta libreta en la que escribió Goio Balasategi, mi abuelo, el cocinero del H.M.S. Beagle, y en la que garabateo hoy yo estas líneas.

ACCÉSIT

Un gigantesco volcán

Alejandro Daniel Mayoral



Alejandro Daniel Mayoral

52 años

Licenciado en Psicología (UBA). Psicoanalista.

Autor de numerosos cuentos y poemas.

Menciones obtenidas en concursos literarios:

- Mención Especial en el Concurso “Cuentos del Boulevard”, 2009. Argentina.

- Finalista del XI Certamen de Cuento Corto “Tierra de Monegros”- Huesca –España–, 2009.

- Finalista del Concurso de cuentos “Leopoldo Marechal”, 2007. Argentina.

- Mención de honor en 13.º Concurso Nacional de Cuentos Río de la Plata, 2007, de Ediciones Baobab. Argentina.

- Mención de honor en 12.º Concurso Nacional de Cuentos Río de la Plata, 2006, de Ediciones Baobab. Argentina.

- Mención de honor en 9.º Concurso Capitalino y Provincial de Cuento “Urbano y Suburbano” de Ed. Baobab. Argentina.

- Finalista destacado en 13.º Certamen de Cuento Argenta, 2000. Argentina.

Un gigantesco volcán

Alejandro Daniel Mayoral

Los fondos daban a un pequeño baldío y dos talleres mecánicos abandonados: uno de afinación y otro de chapa y pintura. Al costado parecía haber un criadero de huskys que a partir de la tarde aullaban desconsoladamente (todavía tengo impregnado el olor de sus cacas, aunque tal vez se me estén mezclando las cosas).

Lo más desgastante era la manía clasificatoria de Alberto: “Acá las herramientas con mango de madera, no las toque, por favor”. “Cuidado con los cortantes y las mechas (en orden decreciente sobre el piso), a ver si se resbala”.

–Este local tiene cosas raras –me dijo–, aquella columna cortada, ¿dónde se vio algo igual? Ahora las otras deben soportar más peso. Además, esa escalera que baja no conduce a ninguna parte, un absurdo, una locura, y así varias cosas más... Hágame caso –sugirió– peléele el precio al dueño, no puede ser que...

–Vea, Alberto, si hacemos quilombo por cada cosa que aparezca no abrimos más el negocio. Hay que terminar cuanto antes con los arreglos, ¿me entiende?

–Pero... ¿y los pozos?

–Me tiene hartado, Alberto. Si esto fuera por teléfono, ya le habría cortado. ¿Ud. se cree que yo no tengo otra cosa...? Perdón, ¿qué pozos?

–Los ciegos –dijo con naturalidad–. Aparecieron dos cuando levantamos las baldosas viejas.

–¡Con razón esa baranda! –grité.

–Y ¿qué quiere, olor a rosas?

–No, quise decir... ¿cuántos hay?

–Hasta ahora dos, ya le dije. Pero, ojo, mi tío dice que puede aparecer algún otro.

–¿Su tío el ayudante?

–Sí, es medio brujo: con una varita es capaz de encontrar agua, mierda o hasta un esqueleto. Y no es descabellado pensar que haya más pozos. Este edificio es tan viejo que, seguramente, a medida que un pozo se llenaba, abrían otro al lado.

–Y ¿ahora qué hacemos?

–No sé, Ud. me tiene que decir. La cloaca está conectada, pero mal. Los pozos siguen trabajando, y encima están sin la ventilación obligatoria.

–¿Y eso?

–Es un peligro... ¡Juntan gases!... ¡¡Pueden explotar!!

Una especie de vahído me tomó por sorpresa.

–¿Qué sugiere, Alberto? Nunca fue tan necesaria su opinión de experto como ahora. Por favor, expláyese sin miedo, dígame la verdad aunque sea dura, No se guarde nada.

Se llevó la derecha a la frente, entornó los ojos, tamborileó unos segundos sobre la calva y llegó a morderse los labios dos o tres veces antes de mirarme fijamente.

–Es como si estuviéramos parados sobre un gigantesco volcán de mierda.

Miré la maza que descansaba ordenada en el suelo y por un segundo tuve la tentación de machucarle los dedos.

–Le ruego que diga algo distinto de lo que ya sé.

Hizo que no con la cabeza, como arrepentido.

–Disculpe. Quise decir... Hay que hablar urgente con los dueños para desactivarlos.

—Mi novia, el hermano y mi socia quedaron en pasar en dos horas para ver cómo andaba todo. Voy a llamar a los dueños, a ver si también pueden estar.

—¡Ah! —dijo—, me olvidaba, mire esto —tomó una varilla de un metro y medio, y al apoyarla en el piso se enterró por completo—. Esto pasa —aclaró con tono docente— porque el suelo está húmedo a raíz de los pozos. Si ponemos la cerámica sin hacer una losa se nos hunde seguro, ¿eh?

—Ya es demasiado, Alberto, No me cargue más porque voy a estallar yo también. Mejor Ud. siga con su tarea arqueológica, y en dos horas nos vemos —dije y me fui.

Cuando regresé ya estaban Julieta (mi novia), Santi (su hermano) y Florencia (mi socia) en la puerta, tapándose la nariz con un pañuelo.

—Pasen, pasen —grité—, no se achiquen, total en unos minutos se les acostumbrará la nariz.

Salió Alberto y con actitud de noticiero anunció:

—Mi tío tenía razón —nos miramos—: son cinco, más la cámara séptica, claro. Algo hay que hacer porque si no... (la sombra del vahído, otra vez).

—¡Basta, Alberto! —volví a gritar— ¡Contrólese, por favor! Estamos viendo. La situación nos supera. Denos tiempo para reaccionar, viejo. Lo último que hay que perder es la calma.

–Yo digo, nomás –se disculpó.

–De acá no nos movemos hasta que llegue el Sr. Paredes –sentenció, furiosa, Florencia.

–Esa es mi socia, carajo –exclamé como para distender.

–Boludo, no te cagues de risa que esto es gravísimo –reprobó.

–Lo que sí –advirtió Alberto–, para moverse por el salón principal utilicen los pasajes numerados que están entre pozos, no queremos lamentar una desgracia. ¡Ah! Y no me pisen...

–Sí, ya sé –interrumpí–: la herramienta. A propósito, ¿las mechas no están demasiado cerca de la boca del pozo 3?

–Puede ser, pero no tengo otro lugar donde dejarlas ordenadas. De cualquier manera, ese pasaje lo vamos a clausurar ya mismo –y corrió a sacarle la numeración. Lo hizo de un tirón, como con bronca.

–Estamos todos muy nerviosos –reconocí al ver los rostros desencajados– hay que mantener la cordura, de alguna manera vamos a salir de esto, estoy seguro.

Julieta pidió que se abrieran de par en par las ventanas porque no resistía más y Santi comenzó a forcejear con una manivela rebelde. Aproveché a escabullirme, y para eso tomé por el pasillo 4 ubicado entre los pozos 4 y 5 que Alberto, en un gesto de

machismo, había desaconsejado para las mujeres por su riesgo. En el último salón el aire era fresco y considerablemente más respirable. Detrás de mí llegó Alberto y nos pusimos a fumar.

–Venga, mire –dijo, invitándome a subir a la medianera. Del otro lado se alcanzaba a ver un recinto desordenado y lleno de telarañas; en la pared, una madera con herramientas dibujadas, un banco de trabajo, una morsa oxidada. Acercó su boca a mi oído en tono confidencial:

–Si por algún motivo su negocio se cae, le ofrezco poner un taller de afinación en sociedad, ¿qué le parece? Es un viejo sueño que tengo: nada de fosas, nada de grasa, todo limpio.

–Lamento decirle: de este tema no entiendo nada.

–No se preocupe, yo sí –lo miré extrañado–. Usted sólo tendría que poner la guita y algunos contactos.

Quedé sin palabras, mirando cualquier cosa.

–Piénselo tranquilo –insistió–, si esto se cae, ya sabe...

Se escuchó un rumor proveniente del salón principal, o voces que desentonaban; algo había ocurrido y quise saber. Era el Sr. Paredes y su esposa.

–Recibieron mi mensaje, menos mal –exclamé.

–Sí, claro –dijo Rita Paredes–, pero, ¿qué es todo este desastre? ¡Por Dios, mi local!

–Su local, señora, está construido sobre un gigantesco volcán de mierda –sentí la mirada densa de Alberto–. Ya sé que la frase es suya, Alberto –lo encaré–, pero como a mí me gustó la acabo de adoptar. A propósito –dije, ahora dirigiéndome a la concurrencia–, ¿se puede saber dónde se metió mi novia?

–Cuando llegamos ya no estaba –dijo el Sr. Paredes.

–Florencia y yo estuvimos un rato forcejeando con la maldita ventana –dijo Santi– y cuando volvimos la vista ya no estaba, no tengo idea dónde...

–Se ve que no aguantó y salió a tomar aire –soltó Florencia, como restando importancia al asunto.

–Mirá que mi hermana es muy distraída, ¿eh?...

–Por favor, Santi –interrumpí ofuscado–, si conoceré a mi novia: se cansó, no hay duda –aclaré mirando los cinco pozos–. No hay ninguna razón para crear más intranquilidad de la que ya tenemos.

Por un instante quedé sorprendido porque el pozo 3 burbujeaba profusamente. El Sr. Paredes se percató y me palmeó suavemente el hombro:

–Tranquilo, de algún departamento habrán tirado la cadena, eso es todo. –Lo miré sin poder disimular mi odio.

–Usted ya sabía de todo esto y se calló bien la boca.

–Le juro que no tenía ni idea. Me acabo de desayunar al mismo tiempo que usted.

–Por favor –saltó Santi–, no hablen de comida que me da asco.

–Yo, lo único que quiero saber –sintetizó mi socia– es quién se va a hacer cargo del muerto... quiero decir del problema.

–Tranquilos, muchachos –intercedió Rita Paredes–, ya vamos a encontrar una solución; hablando se entiende la gente. Seguro que el consorcio, de algo se hará cargo y...

–¿Cómo el consorcio? –gritó Florencia–. ¿Ustedes son los dueños y no piensan poner nada?

El Sr. Paredes me hizo un gesto de que pasáramos al salón del fondo invitándome a dialogar entre hombres sobre el asunto: “Las mujeres –me dijo con actitud cómplice– se calientan con mucha facilidad y no sirven para estas cosas, ¿verdad?”. A la reunión se colaron Santi, y Alberto, a cierta distancia, en calidad de eventual consultor. Atrás quedaron Florencia y la señora Rita con ánimos caldeados: sus voces chillonas se escucharon de fondo durante el largo rato que duró nuestra conversación de hombres en la que el señor Paredes procuró por todos los medios eludir sus responsabilidades.

Llegado a un punto, los chillidos se hicieron graves para luego cesar por completo, cuestión que, por algún motivo, nos sobresaltó a todos. Alarmados por una especie de grito ahogado muy desagradable quedamos paralizados durante algunos segundos. Instintivamente, el señor Paredes corrió hacia el salón principal como temiendo algo (supuse que su esposa tendría una

condición cardíaca o algo por el estilo) y detrás suyo Santi, más pálido que nunca, a la pasada comentó: “Creo que hoy a este lo termino ahorcando”.

Ahora el grito era del Sr. Paredes:

–¿Cómo puede ser?! –iba a preguntar por las dos mujeres, pero Santi me ahorró la pregunta:

–¡Usted tuvo la culpa de que se nos fueran! –gritó a voz en cuello.

–¡Parece una maldición del cielo! –continuó lamentándose Paredes, y luego, más resignado–:

–¡Algo debo haber hecho yo, señor... algo debo haber hecho!

–Ya lo creo –ironizó Santi–: dejó que las cosas avanzaran demasiado, y ahí tiene las consecuencias.

Me pareció insólito oír al viejo lloriquear como un chico, pero tuve que creerlo: con esa imagen arrogante, y ahora convertido en tan poca cosa... Sea lo que sea –me dije– lo ocurrido no fue una pavada; el hombre está herido, y cuando eso pasa, cualquier negociación se ve entorpecida, se traba, se paraliza, ya sea por el endurecimiento de alguna de las partes o porque surgen rencores, acusaciones o caprichos, cuando no adjudicación de culpas. Todo era confuso, pero estaba claro que iba de mal en peor. Si la defección de Florencia era un hecho, como suponía, me había quedado solo en medio de la tormenta. No sabía qué me invadía más: el pánico o la decepción.

–Parece mentira –le dije a Alberto–, de mi novia no me sorprende tanto: solo la une una relación de afecto; ahora, de mi socia, que tiene obligaciones económicas, nunca lo hubiera imaginado.

A medida que hablaba me iba ganando la indignación, era consciente de que me daba manija solo, pero no lo podía evitar. “En tal caso –pensé, no sé si a manera de consuelo–, al Sr. Paredes también lo han dejado solo” y eso llevaba las cosas al difícil terreno de las diferencias de género. Alberto se quedó corto –me dije– cuando les advirtió a ellas sobre los pasajes. Tendría que haber sido más tajante: “Esperen afuera, por favor”.

–La mujer actual –solté con toda la furia– no es ni la sombra de lo que fue a lo largo de la historia, ¿no le parece, Alberto?

–No sabría decirle –contestó con firmeza–. Lo único que sé es que si no hacemos algo pronto, todo se va al carajo, en una palabra: nos hundimos.

–Pensar que al principio –continué– me entusiasmó estar rodeado de tanta mierda: un negocio floreciente, me dije entonces, un aviso del destino, una mina de oro, y ahora los acontecimientos tomaron ese giro inesperado, porque nadie podía imaginar semejante sucesión de renunciadas, ¿no?

Alberto me escuchaba con la vista en el infinito, como concentrado en mis palabras asentía sin decir nada.

–Encima –continué–, si antes, en condiciones normales, era reacio a meter la mano en el bolsillo, ahora, en este estado de crisis, ¿quién le hace poner plata al viejo? Santi tiene razón: es un miserable, un hijo de puta, se merece lo peor.

–Tengo una idea –susurró Alberto en mi oído–.

Eché un suspiro de alivio.

–No sabe cuánto le agradezco –dije–. Lo que más se precisa en esta hora son ideas. Lo escucho atentamente.

–¿Qué tal si aparece mi tío con la varita –explicó– y empieza a recorrer las diferentes habitaciones gritando que hay más pozos?

Lo miré intrigado.

–Eso –continuó– serviría para presionar a este hombre, obligarlo a negociar. ¿Qué le parece?

De la nada apareció el tío con la varita simulando un recorrido, nos miraba y se restregaba las manos como gozando su posible entrada en acción. A lo lejos, la potente voz de Santi se hacía notar sobre la del Sr. Paredes, que irrumpió en un violento ataque de tos.

–No sé si tiene sentido semejante movida, Alberto –dije–. A este tipo de gente nada la conmueve, o mejor dicho, una sola cosa.

–¿Qué? –preguntó intrigadísimo–.

–La muerte.

El rostro de Alberto se desencajó de golpe. Como si se tratara de una máscara de goma, se contrajo y expandió varias veces. Me pregunté qué quería decir todo eso, a qué venía tanta mueca, ¿era asco, temor, incredulidad?

—No creo que haya dicho algo del otro mundo...
—intenté decir, pero él me detuvo con la palma abierta en el aire. Recién ahí advertí que la tos perruna del Sr. Paredes se volvía ahogo, arcada o algo por el estilo, indefinido, pero sumamente desagradable, al tiempo que el potente vozarrón de Santi ya no se escuchaba. De inmediato me asaltó un pensamiento: “Ojalá esté recibiendo su merecido”. El tío, que sorprendido por los extraños ruidos había soltado la varita, me tomó suavemente del brazo y con tono paternal dijo:

—Ud. mejor se queda acá conmigo mientras mi sobrino va a ver, ¿sí?

Pero no resistí con él más de uno o dos minutos, la espera se hacía intolerable y los nervios me devoraban. Cuando llegué al salón principal, Alberto comenzaba a incorporarse (al parecer, había estado arrodillado junto a los pozos 2 y 3, que burbujeaban estrepitosamente). No había rastro alguno del Sr. Paredes ni de Santi. Al tiempo que se erguía creí ver movimientos de su mano, como de persignación.

—Si no es mucho pedir —dije—, ¿qué explicación lógica y coherente se puede encontrar a todo este disparate?

–Disculpe que no le haya dicho, pero soy muy creyente...

–No me refiero a eso, Alberto –aclaré–. ¿Es que todos los que me rodean se han vuelto locos de golpe y al mismo tiempo?

–¿Por qué? –dio vuelta la pregunta–. ¿Ud. tiene alguna idea formada?

–No sé cómo tomarlo: ¿el suicidio de la ballena?, ¿la conducta del avestruz?, ¿las ratas abandonan el barco? Es todo muy extraño, ¿se da cuenta o no?

–Me parece –dijo con una forzada seriedad– que de chico usted veía demasiado a Tarzán...

–O de grande al Discovery Channel –agregué, y a continuación los dos estallamos en una ruidosa carcajada. Fue un recurso muy oportuno –pensé– a la hora de distender las cosas.

–No –retomé–, ahora en serio: ¿qué sentido tiene buscar explicaciones?, ¿eh? La mente humana es una caja de sorpresas y...

–Ud. dice así –insistí– para suavizar las cosas, pero en el fondo, sabe perfectamente que todo esto es demasiado para ser casualidad...

Me reconvino con la mirada.

–Está bien, Alberto, está bien, vamos a hacerle caso: mejor no pensar. ¿Qué le parece si recoge la herramienta y vamos saliendo?

Me volvió a mirar, pero esta vez desconcertado.

–Esto no da para más: ¡se cierra el boliche por falta de quórum! –vociferé.

Como si le hubieran puesto un resorte, metió todo en una bolsa y en un santiamén se cambió de ropas. Cuando reaccioné ya estaba esperándome en la puerta. Su rostro dejaba entrever cierta mezcla de expectativa con satisfacción.

–Tenemos que hablar de negocios, Alberto, a ver si podemos ponernos de acuerdo sobre esa idea suya...

–Cómo no –dijo–, cómo no. Todavía estamos a tiempo, un negocio redondo y limpio, por sobre todo. Ya va a ver que le va a gustar.

El sol de las cinco sobre las ventanas empezó a darme sueño. A lo lejos, crecía el barullo de los chicos que salían del colegio. Con las llaves en la mano eché una última y melancólica mirada hacia el salón antes de cerrar. Lástima que tanto esfuerzo haya quedado convertido en un asqueroso campo minado.

–Disculpe... –dije sorprendidamente con la puerta entreabierta–. Una pregunta más: ¿Qué es esa mancha como aceitosa alrededor de los pozos? A la mañana no estaba y...

–Uno: no tengo idea –contestó, esquemático–. Dos: ya es tarde para investigar, ¿no le parece? Y, tres: por las dudas, no se acerque, a ver si en una de esas, se va para adentro y también lo perdemos.

Una historia termina –pensé– y otra está por comenzar. Creo que esta vez las cosas van a salir mejor. Alberto es de esa clase de gente que persevera hasta salirse con la suya.

ACCÉSIT

No sé si pedirle que me llame Julia

M.^a Teresa Núñez Luque



M.ª Teresa Núñez Luque

Nacida en Barcelona en 1966. Licenciada en Historia Moderna y Contemporánea. Diplomada en Estudios Superiores Especializados en Periodismo. Diplomada en Gestión Documental. Máster en Edición.

Sus inquietudes literarias y por el mundo de la comunicación la han llevado a realizar varios cursos en el ámbito de la edición, de las tecnologías de la comunicación y de la creación literaria.

Ha colaborado en diversas revistas literarias y ha trabajado en la elaboración de artículos de enciclopedia sobre Historia y Geografía y en la redacción de artículos y reportajes de divulgación para revistas femeninas.

Ha publicado cuentos, artículos, reseñas literarias, etc.

Entre los premios literarios más recientes destacan:

- 1.^{er} Premio del V Concurso “Tanatocuentos”, empresa madrileña de servicios funerarios, y revista *Adiós*, 2005. (Por el relato “Pantalones largos”).

- Finalista del IV Certamen de Relatos para ser leídos en tres minutos “Luis del Val”, Ayuntamiento de Sallent de Gállego, 2007. (Por el relato “Dry-Martini”).

- 1.^{er} Premio de la XXXI edición del Certamen Internacional de Narrativa «Tomás Fermín de Arteta», Fundación Bilaketa de Aoiz, 2007. (Por el relato “Cosas que decidir mientras se hace la cena”).

- Finalista del XXI Certamen Literario de Relato corto “Joaquín Lobato”, Ayuntamiento de Vélez-Málaga, 2007. (Por el relato “Mudanzas”).

No sé si pedirle que me llame Julia

M.^a Teresa Núñez Luque

Hola, qué tal, buenas tardes. Sí, sí, está libre, cómo no, puede sentarse. Espere, un momento, que quito el bolso de la silla. ¿Quiere una revista? ¿Le va bien esta? Tenga. De nada. Tiene gracia, sí, esto de que las llamen revistas del corazón, ¿verdad? Como si fueran revistas para cardiólogos, ya sabe, revistas profesionales, científicas. Fijese, tiene gracia, sí; no me había dado cuenta hasta ahora: tiene mucha gracia que leamos revistas del corazón en la sala de espera de la consulta de cardiología, ¿no le parece?

¿Que si llevo mucho rato esperando? Pues un ratito, no mucho; las visitas van con un poquito de retraso, nada más.

¿Es su primera visita? ¿Sufre usted del corazón? Perdóne que le pregunte, no pretendo ser indiscreta; verá, es que he venido tantas veces que conozco a casi todos los pacientes. Ah, que cree que le tendrán que operar, dice usted. A mí también me operaron.

No se preocupe, todo irá bien. A mí me ha ido bien. Muy bien, no me puedo quejar. Fíjese, incluso dice Víctor, mi marido, que mi corazón es grande y cálido, dice que le recuerda a La Habana, esa ciudad extensa y húmeda en la que yo nunca he estado; pero, verá, este corazón no es mi corazón, o al menos no lo fue desde un principio. Qué cosas, ¿verdad?

Antes –antes del trasplante– tuve otro corazón; ese sí era mío, pero estaba débil y se cansaba, seguro que me entiende; se empeñaba en conducirme a una muerte prematura, porque era –aún lo soy– joven, ¿no le parece?; aunque todas las muertes son, no lo dude, prematuras. No, no se asuste, a veces me pongo a pensar en la suerte que he tenido, no puede ni imaginárselo. Ya verá, usted también la tendrá.

¿Cómo dice? ¿Que cuánto tiempo hace de mi trasplante? Pues de eso hace un tiempo, tres años ya: cómo pasa el tiempo. La verdad, todo fue sobre ruedas, y ahora, gracias a este nuevo corazón, he recuperado las fuerzas y la vitalidad que me faltaban. Ahora puedo hacer una vida relativamente normal. Pero mire, sin embargo, ese órgano –mío, en cualquier caso, porque es el que late marcando el

ritmo de mi vida— sigue siendo para mí reciente; me parece a veces que no le conozco, que lo llevo aquí dentro en mi caja torácica, no sé, como se hospeda a un invitado algo incómodo que hubiera llegado sin aviso previo. ¿Me entiende? Cómo decirle... es como si mi corazón tuviera vida propia, eso es, como si fuera independiente de mí, no sé si me explico.

¿Después de la operación? ¿Que si tardé mucho en recuperarme? Verá, desde el trasplante, la recuperación médica ha sido lenta, para qué le voy a engañar, aunque no ha resultado difícil: he seguido las recomendaciones de los doctores y no he cometido excesos que pudieran haber comprometido mi salud. No hago esfuerzos físicos, e intento comer saludablemente. Eso mismo, ¿sabe?, eso mismo es lo que tendrá que hacer usted. La otra recuperación, la del ánimo, la que no depende de medicinas ni de reposos ni hospitales, sigue aún su curso. Ya lo verá. Se consigue, tenga la seguridad.

¿Sabe? Mire si ha ido bien, que he olvidado —como si el olvido me hubiera sido prescrito dentro del proceso de curación, como si fuera una medicina— parte de mi vida anterior al trasplante, a la sustitución de aquel gastado corazón mío por este nuevo que ahora tengo, brioso y desatado, este corazón que me hace parecer ante los ojos de los demás y ante los míos propios tan diferente a la que era antes; no puede usted imaginar cómo estaba yo antes: siempre triste y cansada, caminaba con el

paso quedo, hablaba con la voz quebrada, me decían que mi mirada era opaca... Le diré un secreto: antes yo era muy callada, no me gustaban demasiado las relaciones sociales, hablar con la gente... ya sabe. Y ahora, ya me ve...

¿Que si no le he dado vueltas nunca a la cabeza? Pues claro que se las he dado. Claro que me he preguntado muchas veces de quién provendría este corazón que me pusieron nuevo, ¿cómo no iba a planteármelo alguna vez? Usted también lo hará, ya verá, pero, ¿sabe lo que le digo? Estoy mucho mejor, mucho más tranquila, desde que dejé de preguntármelo. ¿Para qué? ¿Qué cree usted que cambiaría? ¿Sería diferente? Yo no lo creo, la verdad.

Sobre este tema solo he conocido lo que mi madre me contó, a mi pesar, un par de días después de la intervención. ¿Que qué me dijo? Se lo cuento. Se enteró de que la donante había sido una mujer poco más o menos de mi edad, o lo que es lo mismo, una mujer joven aún, como lo sigo siendo. Una mujer joven que tuvo la desgracia de sufrir un accidente de coche; y por esas cosas del destino, ¿sabe?, esa misma noche en que murió ella, en que dejó de necesitar su corazón –como dejó de necesitar, en realidad, todo: los muertos, los espíritus, nada precisan–, empecé yo a vivir. A esto sí que le he dado muchas, muchísimas vueltas.

Quizá le suceda a usted también, estas cosas pasan, no lo descarte. Desde el momento en que mi

madre me contó lo que yo no quería saber, he pensado muchas veces en ella, en cómo dejó de existir y de necesitar, por tanto, su corazón, cediéndomelo a mí, que lo llevo desde entonces conmigo, cálido y vigoroso. Su marido autorizó la donación, eso sí lo supe. Claro, tuvo que ser así. Ella murió y yo me quedé su corazón. No he sabido nada más, ni he querido.

¿Que si me he adaptado bien a la nueva situación, dice usted? ¿Que si he podido seguir haciendo la misma vida, las mismas cosas de antes? Claro, es normal que eso le preocupe, se le ve a usted una persona muy activa, con ganas de hacer cosas, a pesar de todo. Pues verás, sí, sí, claro que he seguido haciendo las cosas que hacía antes de que me operaran, incluso muchas más de las que me era permitido hacer. Bueno, en realidad, he seguido haciendo las mismas cosas, pero nada es igual que antes. Sí, ya veo su cara, ya sé que es difícil de entender. Déjeme que le explique.

De la etapa anterior al trasplante heredé un novio con quien aún estuve algún tiempo más, no mucho. Eduardo, se llamaba. Siempre andaba preocupado por el trabajo, con prisas, con estrés. Estoy segura de que me quería, no diré que no, no tengo constancia de que no lo hiciera. Aunque nunca me lo dijo. Que me quisiera, quiero decir, que nunca me decía que me quería. No sé si me explico. Las palabras, decía –y se ponía en plan trascendente cuando lo

hacía—, no significan nada. ¿Qué le parece? Apenas vino a verme al hospital, que le apenaba mucho verme con tantos aparatos allí en aquella habitación, decía para justificarse. ¿Que si al menos me escribía cartas? Uy, no, por Dios, ya ningún hombre hace eso. Y no se crea que no me hubiera gustado. Si al menos me hubiera escrito alguna vez, guardaría yo ahora la carta en un cajón, en un armario, entre las sábanas dobladas, ¿cómo explicarlo?, como el fósil de un pensamiento antiguo. Así, pensaba yo cuando le echaba de menos, podría al menos mantener la ilusión de que habíamos sido felices, a pesar de mi corazón gastado y aburrido.

¿Que dónde está ahora? ¿Que qué pasó? Verá..., sí, sí, no se preocupe, no me importa explicárselo: si es lo que tienen las salas de espera, que de tantos ratos pasados en ellas una hace una amistad con los demás pacientes, ¿no le pasa a usted lo mismo? Pues, como le iba diciendo, los primeros meses tras el trasplante no hacía yo más que pensar en La Habana, ya ve usted qué tontería; no se crea, todavía sueño con hacer un viaje a esa ciudad, la imagino grande, cálida y acogedora. No, no, ya le he dicho, no he estado nunca allí. La conozco solo por fotos y postales, por algún reportaje de la tele. ¿Qué por qué La Habana y no cualquier otro sitio? Pues ya ve, no lo sé, solo sé que yo tengo cada vez más y más ganas de ir, que casi se ha ido convirtiendo en una necesidad, es como si la propia ciudad me llamara para que fuera a visitarla. ¿No le ha pasado nunca

algo parecido? Pero Eduardo no entendía este deseo, me decía que me encontraba rara, que no parecía la misma, y, al final, que no contara más con él. Y se fue. ¿Sabe qué pienso? Que se asustó. Que tenía miedo, no sé, puede que a los cambios, que tenía miedo a tener miedo, a tener miedo por mí; eso lo puedo comprender. En fin, que se acabó Eduardo. No crea que no lo sentí, aunque llegué a dudar en algún momento que le hubiera querido alguna vez, o tal vez, quién sabe, fuera mi corazón nuevo, prestado, el que ya no le reconocía como el hombre al que amar que había sido.

¿El trabajo? Sí, al cabo de unos meses, cuando el médico me lo permitió, pude volver a trabajar, gracias a que no es una tarea muy pesada: corrijo libros para una editorial. Ah, no, no se crea, no es muy interesante, qué va, pero al menos no requiere esfuerzo físico. Pero, mire, mire usted: al principio, al principio de volver a reemprender el trabajo, quiero decir, me daba la sensación de que no sabía cómo tenía que hacerlo, de que era la primera vez que me enfrentaba a ello, como si tuviera que volver a aprender el oficio, ¿no le parece curioso? Tardé algo en acostumbrarme, suerte que los jefes no notaron las vacilaciones, las demoras en la entrega de los textos, ya sabe, esas cosillas.

¿Alguna otra cosa en la que haya notado cambios? Pues muchas, sí, bastantes. Por ejemplo, hasta mi propio nombre, Inés, me suena extraño, aunque todos

me llamen por él, incluso Víctor, a quien conocí más tarde y quien, por tanto, no es heredado como lo fue Eduardo. ¿Que me ha cambiado la cara, dice usted? ¿Que se me ha iluminado? Víctor... Cómo no me va a cambiar la cara al nombrar a Víctor... ¿Le he hablado ya de Víctor? Víctor no es como Eduardo, ya le digo. Víctor me regala a cada momento los oídos, me susurra en cada rincón que me ama, en cualquier ocasión, con cualquier excusa, y me deja notas escritas adheridas a la nevera y en el espejo del cuarto de baño; a veces dibuja las palabras con el dedo sobre la espuma de afeitarse. Fíjese, hasta creo que mi corazón está latiendo más deprisa. Suerte que ya me toca entrar, tiene gracia... Uf, hace calor aquí, ¿no le parece? No creo que tarde mucho en llamarme la enfermera.

¿Que cómo conocí a Víctor? No, no se preocupe, supongo que aún queda algo de tiempo para que pueda explicárselo. Fue en la costa, en una pequeña escapada de fin de semana a la playa que hice al poco tiempo de que se marchara Eduardo. Hubo un error en las reservas para la cena en el restaurante del hotel, ¿sabe?, y nos pusieron juntos. Como ambos viajábamos solos, no nos pareció mal la solución de compartir la mesa. Entre plato y plato fuimos conversando y nos sentíamos tan a gusto, tan cómodos uno con el otro que era, me dijo, como si me conociera desde hacía tiempo. Y a mí me pasaba igual. Víctor, me contó, había enviudado hacía poco y estaba allí para cambiar de aires unos días. Como

yo; también yo había sufrido una pérdida, ya sabe: Eduardo...

¿Sabe qué? Lo que es el destino, ya ve... A veces pienso que de no haber recibido mi corazón nuevo, o de haberlo recibido de otra persona y no de aquella de quien lo hice, posiblemente yo no sería ahora la misma, y no viviría, por tanto, la vida que vivo, o no la contaría como se la estoy contando. Tal vez, incluso, no me hubiera enamorado de Víctor aquella misma noche en el hotel; sí, sí, como lo oye, aquella misma noche.

Desde ese viaje no nos hemos separado ni un momento. Aunque desde el principio me ha parecido que le conocía de siempre, diría a veces que me quedan muchas cosas por descubrir de él, de Víctor. ¿No le parece extraño? No deja de ser reciente. Nuestra relación, quiero decir. ¿Nunca ha pensado usted que a veces es mucho más lo que se calla que lo que se dice, que lo que se oculta supera siempre a que lo que se muestra, que lo que se ignora a lo que se conoce o se sospecha? No sé muchas cosas de la vida anterior de Víctor, de la vida anterior a nuestro encuentro, quiero decir. He sabido, sin embargo, que la mujer de Víctor se llamaba Julia y que murió en un accidente. Esa fue la única vez en que me habló de ella. Me contó también que habían sido muy felices, y que cuando se casaron habían pasado la luna de miel en La Habana. Y que, de no haber muerto, aquel mismo año tenían planeado volver allí de vacaciones.

¿Sabe qué? Las primeras noches que dormimos juntos, entre sueños, la nombraba a ella, a la muerta. La llamaba por su nombre: Julia, Julia, repetía. No, no crea que me importó, era normal, después de todo. ¿A quién no le puede suceder una cosa así después de tal tragedia?

Le confesaré algo. Ahora, por las noches, antes de dormirme, miro a Víctor y pienso en La Habana, que no conozco. Grande y cálida, así me la imagino, grande y cálida, como dice él que es mi corazón nuevo, extenso y húmedo: tal vez no me pertenezcan aún del todo. Ni mi corazón, ni Víctor.

¿Que cómo nos va? Bien, bien; estuvimos un tiempo viviendo en mi casa, en mi apartamento de soltera, pero la suya era más grande y pronto me mudé con él. Me siento cómoda en ella. No, no tuve problemas, la hice mía desde el primer momento. Es como si no fuera nueva del todo para mí, como no lo es para Víctor. También es grande y cálida y acogedora, así como me imagino que es La Habana, suave y perfumada, como esa fragancia que no he usado nunca y que me parece reconocer, en cambio, como una presencia, ¿cómo le diría?, apenas perceptible, impregnando cada rincón de esta casa donde ahora vivo; invadiendo la habitación –nuestra habitación, donde Víctor me susurra pero no grita mi nombre–; anidando en la ropa de Víctor, la ropa que desde hace poco me encargo de lavar y que cuelgo en el armario que

ahora es de ambos y que antes guardó la ropa de otra, la ropa de la muerta.

Vaya, mire el reloj: qué tarde se está haciendo. Ahora sí que me parece que debería haber entrado ya a la consulta. ¿Se ha dado cuenta? Antes entraba mucha luz por la ventana y ahora apenas lo hace un resquicio de sol.

¿Que cómo estoy ahora? ¿Que cómo es que he venido al médico? Verá, es lo normal. Sigo acudiendo a mis periódicas revisiones, cuando me tocan, sigo estando obligada a hacerme los chequeos cardiológicos de rigor. Voy muy bien, estoy contenta.

Mire, ya sale el paciente que entró hace un rato a la consulta. En teoría ahora me tocará entrar a mí. Me pondré de pie. Estoy encantada, me ha gustado mucho conocerle.

¿Que por qué no ha venido Víctor conmigo? Verá, es algo que, de momento, aún tengo que hacer sola. No sé cómo explicarle esto, quizá le parezca a usted extraño. En realidad, a Víctor, a quien me parece conocer desde hace tanto, no le he dicho aún que mi corazón no es mío. Quizá lo sepa, o lo intuya. ¿Cómo dice? No, no, a ella, a la muerta, ya no la nombra.

Mire, ahora sale ya la enfermera. ¿Que le gustaría volver a charlar conmigo? Yo encantada, también

me gustaría, pero no sé cuándo podrá ser la próxima vez que nos veamos. ¿Sabe? Es que dice Víctor que quiere llevarme a La Habana. Yo lo estoy deseando. No creo que tarde mucho en hacerlo. Como si fuera una luna de miel, ¿sabe? Ah, es que no se lo he dicho a usted: es que hace un mes que Víctor y yo nos hemos casado y, ¿sabe?, no sé si pedirle que me llame Julia.

**PREMIO AL MEJOR RELATO
MONEGRINO**

De verde mayo

Patrocinio Gil Sánchez



Patrocino Gil Sánchez

Apenas puedo decir nada de mí que no sea que la fortuna nunca me ha acompañado. Por eso esto es la presentación, pobre, auténtica, que se me ocurre de un sesentón cascarrabias, “escritor ocasional de versos e historias”, atípico, rebelde, afónico y ya sordo, con un ojo –el derecho– que le va lagrimeando cuando llega el otoño y el sol es un estorbo que madura membrillos, sin Dios pero con él, a veces testarudo e indisciplinado siempre.

Correspondería poner aquí que me nacieron, un 25 de septiembre del 49, un otoño de lunas ya muy viejas en un pueblo pequeño de la Moraña abulense: Rivilla de Barajas, lleno de surcos cuajaditos de espigas y amapolas; que también había encinas donde pastaban bravos, una torre con veleta y cigüeñas, vencejos, gorriones y cepas, alguna que otra luz para encender el alma y un frío de mil demonios que traía sabañones, carrascas a la lumbre y esas historias viejas que contaba el abuelo mientras era

posguerra; y fue, probablemente, este grato paisaje el que encendió de fantasías mis versos que se fueron preñando de sueños e ilusiones, de trenes de las cinco y de Teresa, que está dentro de mí como una víscera, como un dolor de estómago, como el agua que cae, por ahí en algún sitio; en las luces y sombras de cuatro o cinco besos que en el corazón laten. Que entre aquel pueblo mío y sus ojos de menta, aprendí a ver la vida con la íntima sensación de servir para algo y de que la contemplación es, a la fuerza, un exilio y un naufragio y a veces un destino, las raíces de una tierra a la que regreso siempre que puedo porque en ella dejé el corazón y una infancia irrepetible.

Que, poco a poco, con el pretexto de la literatura, voy conociendo las distintas comunidades, porque los premios, algunos como: Ciudad de Aranda (*De repente en el último beso*), Ciudad de Puertollano (*La vida es mientras tanto*), Víctor Jara (*La próxima semana con ropa ya de invierno*), Ciudad de Miranda de Ebro (*Teresa, Teresa*), *Para heredar la Tierra*, II Certamen de Relatos Cortos Zenobia; 1.º Premio Certamen de Relatos de Portillo; *El método renano*, XX Premio de relatos Unicaja-Málaga, y este de Relatos Monegrinos, traen esas cosas: conocer nuevos paisajes y nuevas gentes.

Que queriendo o, sin querer, han visto la luz 12 libros de poemas.

Que soy socio fundador del Grupo Literario Tétrada, y que la literatura es, junto con mi familia, mi vida.

En fin, que para qué más, ¿no...?

De verde mayo

Patrocinio Gil Sánchez

Mi suegro, al que se la contó su padre y a este el suyo, me la refirió tantas veces en las modorras de las siestas de los veranos cuando íbamos de vacaciones a Ontinar, que no he tenido otra que escribirla, esperando no dejarme en el tintero ningún detalle. Es la historia acaecida en una tierra inhóspita y arcillosa, de riscos, esparteras, sisallos, avales, soseras y sabinas, donde todo se consultaba en los almanaques y calendarios como el Zaragozano, si había algún eclipse, que lo había, la luna se entrometía en la moneda grande del sol y la hija del tío Joaquín se quedaba compuesta y sin novio aunque ya se hubieran echado las amonestaciones, porque la influencia del mismo ahuyentaba al novio del pueblo con la mente perturbada. Donde la luz del crepúsculo charolaba la sotana del Mosén que por el sendero de la ermita de San Sebastián iba enfrascado leyendo

las páginas del Breviario. Una historia en la que los hombres esperaban en la plaza a eso del alba a que los mayores de casa Gazol o Bastaras les ofrecieran trabajo por la sardina que se decía. Cuando la luna plateaba los sembrados, abrillantaba las acequias, el agua de los pozos, se cobijaba entre los cipreses del cementerio, lamía los caminos y los dejaba lavados de blanco para que tuvieran por la mañana más harina de polvo al paso de las caballerías con los carros. Cuando no caía una gota de agua en veinte meses que hasta se secaba el cangilón de la fuente de la plaza y no tenía el bonito chorro colgando en brillo metálico. Cuando los perros se pasaban toda la noche ladrándole la agonía a sus amos moribundos. Los niños se extasiaban en las noches de julio mirando las estrellas fugaces o las que forman la Vía Láctea, daban un estirón y regresaba otra vez el otoño, con la escuela y los mapas de colores. Cuando la pulsera de un corro de niñas entraba por las ventanas como un mensaje de juegos en la plaza con rollo y cruz:

Quisiera ser tan alta como la luna...

Una tierra en la que iba de boca en boca lo del Yerrer de la báscula; se decía: *como no se vale, el vispera y mese miré*. Una historia que las fechas la sitúan en los tiempos del hambre, el carro, la hoz, el candil y los gorriones; se comían las culebras y los fardachos, y por la sierra de Alcubierre campaba a sus anchas el Cucaracha. Que todo lo que me contó del pueblo, del hombre y la mujer que le dan vida, así como de otros a los que se hace referencia, es de suponer se encuentra en los registros parroquiales y en los censos civiles de Lanaja. Es de suponer, ya digo. Porque en el invierno

la tierra se hiela y el cierzo tremolina esparciendo las voces de los que la contaron y fueron pasándola de boca en boca. Que en los veranos el sol derrite las seseras y enciende vanos sueños en los bancales, y el tamo de la paja escuece las gargantas y...

En fin, que la historia, pudo ser más o menos así:

El cielo era una masa gris sobre la que se recortaban las cimas de las sierras de Lanaja y Alcubierre y las copas de las sabinas. La luz de la mañana de septiembre doblaba en una sombra tamizada en la criba del sol, en esa languidez con la que Manuel caminaba de regreso al pueblo tras varias horas en el aval de los Olivares donde había estado intentando cazar alguna pieza y echando un vistazo a las colmenas. Es la novena vez en seis días que sus pasos lo llevan hasta el cacho de olivar donde el cerro de los sisallos, desde allí, la llanura se muestra rebosante de cereales en colorido sorprendente y sereno.

—Mira, Canela, todo esto me parece de cartón piedra.

Hace mucho tiempo, Manuel cavó doce o catorce hoyos en la tierra pedregosa y dejó las varas jóvenes de otros tantos olivos que han crecido ya hasta dar sombra. Nostalgia por un tiempo que ahora no se sentía con fuerzas para gozar. Acaricia el lomo de la galga y va recordando con detalle la tarde, 30 años atrás, cuando le dio el segundo beso a Clara después de un largo paseo desde el pueblo. Era domingo de junio y las sargantanas tomaban el sol en las cunetas y, aunque ella le preguntó por las razones, él tardó en contestar. Sólo susurró que la quería. Aquel beso fue la cuenta atrás de una boda

que se celebró en septiembre, después de las faenas de la recolección.

Vuelve al pueblo caminando porque le gusta andar, pocas veces lo hace sobre el carro o la Sultana, la yegua de paso que compró, hará por Santa Flora tres años, en la feria de Huesca. El paseo le viene bien para sudar y consumir energías ya que en el último análisis que le hicieron cuando lo de las hemorroides, le dieron alto el colesterol, el azúcar y no sé qué de la próstata. Para sudar y sentirse anónimo, libre de prejuicios y miradas de vecinos. El campo está dispuesto para ser abierto un año más porque la sementera se acerca. Las sabinas siguen hermosas y el recuerdo de Clara, su esposa del alma, solo es el amor que se tuvieron y se ha quedado entre los surcos, las cepas y los olivos, entre los vestidos colgados en el armario y un par de fotografías sobre la mesilla de noche. El Amor, así con mayúsculas, de una pareja roto por el instante frío de la muerte. El instante, en que le cerró los ojos y supo que le dejaría solo para siempre. El instante en que Clara acarició su rostro curtido por el sol y el cierzo con su último aliento sin tener más remedio que marcharse aquella hermosa tarde de septiembre.

—¿Cómo van esa salud y esa caza?

La pregunta no es muy expresiva, pero es de agradecer viniendo como viene del Mosén, que sale del Ayuntamiento con unos papeles en la mano derecha y las llaves de la parroquia en la otra. El Mosén, tuvo la fortuna de bautizarlos a Clara y a él porque ya estaba de párroco en Lanaja, y de darles la Primera Comuni3n aquel día del Corpus en que bajó de la sierra una

tormenta como boca de lobo; y la fortuna de casarlos un día del Pilar en la ermita de San Caprasio. La desgracia de enterrar a Clara el último 25 de septiembre con las cepas cuajadas de racimos y las sabinas en caprichos del aire tuvo también el Mosén que, aunque su nombre era Doroteo, todos le decían el Mosén a secas.

Manuel pasa de largo, sin detenerse después de responder al de la sotana que, de salud, tirando, y que la caza se había dado bien, pero que la pieza era tan grande que tuvo que dejarla a la sombra de la sabina chica. Prefiere no prolongar la conversación y que el recuerdo de Clara quede prendido en la frágil fragancia de las acacias de la plaza, seguir sus pasos calle abajo, girar a la derecha por el senderillo de piedras blancas y perderse otra vez en el anonimato. Todo el pueblo sabe desde lo de Clara que sus cansados pasos solo podrán llevarlo a ninguna parte.

En ocasiones, Clara, pronuncia su nombre desde la loma para preguntarle si tiene sed o se detienen para el almuerzo. Si Manuel pregunta ¿tienes hambre? Ella sonríe con timidez, como si fuera una pregunta fuera de lugar dado que son las nueve y todo el mundo sabe que a esa hora en el campo se almuerza. Otras veces, el fornido cuerpo de Manuel abraza largo rato el frágil y hermoso de su esposa, mientras le va susurrando despacito, que si el año no se tuerce la viña dará 20 cántaras, que, pese a la sequía persistente, el cereal levantará y se arreglará la cosecha, que al atardecer atará las tomateras y capará las matas de melones.

¡Por qué tanta preocupación por todo? Lo que ha de ser será, le dice ella, mientras se toman de las manos,

tumbados boca arriba sobre el colchón mullido de los sisallos todavía tiernos y el silbido del cierzo termina por quedarse, puntual y vencido en los ojos verde mayo de ella y el cacillo de esperanza de los de él. Años atrás, de recién casados, cuando Manuel le daba vueltas a la cabeza sobre cómo salir adelante en este secarral, acababa siempre por convencerse de que Clara le inculcaba savia nueva para no desfallecer, mandarlo todo a hacer puñetas y largarse a Zaragoza a trabajar en la construcción o de tranviario. Clara celebraba cada minuto de felicidad en la siembra y en la siega, cada semana de vendimia y cada recogida de la aceituna, con la esperanza de que Dios les concediera pronto un hijo. Disfrutaba del lujo de cebar un tocino para la matanza, de volver cada atardecer al abrazo largo y generoso de Manuel cuando regresaba sudoroso y cansado del campo, un regalo extraordinario en los besos de azúcar que se prodigaban al calor de las brasas en los crudos inviernos. Era sencillo y fácil serlo todo el uno para el otro. Aunque a veces, enmudecidas las palabras por el tímido llanto, se ovillaba en la queja de que la vida de su esposo se había parado en la belleza estéril de una mujer de pueblo que nunca le daría un heredero.

Sale de la Sordera y el aire es limpio como lo era la mirada de Clara. Sube allí cada vez que puede para que nada se confabule en su contra y olvide, por un segundo siquiera, sus ojos de esperanza.

Cuando nació la niña las cuentas de la desesperación se arreglaron y la cosecha dio ciento por uno. Porque la felicidad de disfrutar de lo poco que tenían se colaba por los poros de su piel como lo hacía el cierzo por las rendijas de las puertas. Sin esfuerzo aparente se

encontraron listos para ser libres y los granos de la luz que entraban por los cristales de sus ojos fueron dejando atrás las primeras inquietudes. Y luego estaba también Canela, la galga con la que Teresa jugaba en ese tiempo de un instante que a veces dura un siglo y se va en un suspiro, porque la falda corta, las medias de nailon y los zapatos de tacón de aguja la hicieron mujer mucho antes de lo que ambos hubieran deseado, perdiéndola en los recovecos de una Zaragoza que absorbía sus encantos de joven con 17 años recién cumplidos nunca, en esa gracia de sus ojos cambiantes como lirios nuevos, en la torcedura que implicaba a los tacones y a sus muslos torneados armonizando los colores de una juventud de sierra tostada e inexperta en la cáscara de una conquistadora arrebatante, en esa mañana de su marcha marcando sobre los labios el carmín más rojo que le subrayaba por encima de todo el fuego de su radiante juventud, con aquellos ramitos de azulinas silvestres en los volcanes rozagantes de su pecho. Como la luna, brillaba a su gusto en un pueblo que a todas luces le quedaba pequeño; por eso caminaba hacia el autobús embutida en el tulipán de un traje negro de raso, como dice Venancio que van las pilingues en la capital a bailar en las boites esas, con los brazos de cisne ensartados de pulseras, felinas y atrayentes. Ese era su encanto: brillar, deslumbrar. Una pagana, que decía el Mosén. Teresa, a la que alguno sembró el vientre de culebras y dio a luz entre los estertores de un otoño metido en nieblas bajas.

Se había acostado la luna y ellos bebían las horas en una disolución de desgana a la que tuvieron que sobreponerse. Y, aunque no recordaban ningún momento de sus vidas con menos dinero, comenzaban

a ser felices. Y si Manuel mostraba alguna debilidad, ella le acariciaba el hoyuelo de la barbilla mientras les susurraba que a todos les sucedía lo mismo, y le besaba una y mil veces con toda la furia de la que podía hacer acopio.

Tampoco iba a ser él el que se quejase de nada. Ni ella tampoco cuando el pequeño bulto en el pecho les llevó al médico del pueblo, para que les asegurara, sin siquiera reconocerla, que aquel agüilla amarillenta que manaba del pezón no tenía importancia alguna y podían volver a casa tranquilos. Quejas que ni la una ni el otro mostraron cuando seis meses más tarde volvieron y el buen señor, ante la insistencia de ella, les mandó al especialista de Huesca.

—No te obsesiones, mujer, tal vez solo sea un quiste sebáceo. Pero Clara se fijó en el quebrado azulejo de la mirada del ginecólogo observando las radiografías en la pantalla luminosa y en el gesto del labio superior poblado por un grueso bigote. Y no sabía muy bien por qué había comenzado a contar los días en el calendario colgado en la pared de la cocina representando un campo hermoso de amapolas.

—Los médicos siempre se equivocan, le había comentado después de comer una paella y un poco de ternasco en el Ricocú, mientras el son de una melodía pegadiza jugaba con el amargo sabor del café que dejaron casi sin tomar.

Sabe muy bien que ahora en la soledad ejecuta todos aquellos pasos de baile que la vida no le permitió realizar con su esposa, cuando ambos eran sólo para la

tierra, sin que el tiempo les permitiera otra licencia que mirarse a los ojos y trabajar de sol a sol. La soledad le regalaba esa fantasía de soñar: cuéntame como le ha ido el día a Teresita en la escuela, le pide alguna noche antes de quedarse dormida Clara. Y él elige cualquier cosa, aquellas palabras que sabe que a ella le reconfortan. Recuerda la ocasión ya tan lejana en que ella le dijo, cuando te oigo hablar de nuestra nieta, creo que es lo más hermoso y parecido a la felicidad que conozco. El doctor que la visita casi todos los días le había dicho: háblele de la niña, verá como le ayuda, aunque los dolores de Clara son más intensos a medida que el cáncer se extiende, y Manuel la ve aguantarse como no queriendo mostrar el sufrimiento. Por eso decide llevársela a casa y dejar el hospital. Si ha de morir, que lo haga rodeado de los suyos.

La peluquería fue la primera de las cosas de una larga lista que Manuel confeccionó nada más llegar de Huesca en el autobús, cambiar el vestuario y empapelar la casa de azul porque le había dicho Antonio el albañil que era una novedad. Y mientras le escribía en una hoja de papel cuadriculado que arrancó del cuaderno de deberes de la nieta, sus dedos se aferraban a la madera del lapicero en un gesto de protección o de ternura. Clara se cambiaba de ropa en la alcoba y escuchaba llegar la noche como llegaban los zorros a los gallineros o los jabalíes bajando de la sierra. Lloraba de puntillas sin atreverse a mirar sus ojos en el espejo.

¿Adónde huir?

Las cosas habían sido así desde los tiempos, cuando un labrador queda viudo se le cae la casa encima y en

Lanaja no iba a ser menos. A Manuel le pasó lo mismo, enterrar a Clara y todo dejó de tener importancia. De regreso del cementerio, a solas con sus pensamientos, tenía miedo de vivir una lenta pero inexorable vida anónima sin ningún interés por nada. Está triste, muy triste al echarse sobre la cama que contuvo su cuerpo tres meses y once días, y se pone a esperar. No sabe muy bien qué...

Aunque hacía frío y los cuerpos permanecieron juntos entre las sábanas, los cantos de los grillos asfixiados les sorprendieron con las bocas torcidas y los ojos somnolientos en el alba. Y el aire de la sierra trajo y llevó y volvió a traer las palabras escondidas en sus gargantas que ninguno se atrevió a pronunciar.

Aquí arriba solo oye el viento que agita las sabinas y al pastor de Gazol que arrea las ovejas al filo del barranco de los Sisallos e imagina el vuelo de las torcaces como imagina la sonrisa de Clara cuando le acompañaba por estos pagos. Charla un rato con el pastor que es tuerto del ojo izquierdo y emplea el viejo vocabulario que se trajo de Fiscal, su pueblo de la montaña en las alforjas: Se me mire bien por donde anda, don Manuel; o no se vale que esté triste. Manuel le mira y le habla: qué digo yo, Marino, que a lo mejor en casa Bastaras sacarías mejor jornal y trabajarías menos. Bien se vale que lo deje estar por aquello de mejor lo malo conocido que lo bueno por conocer, responde el buen hombre, alejándose despacio tras los animales en una polvareda. A lo lejos, más allá de los picos de la sierra, se le encogió la tarde y regresó al pueblo por el grazal de la Sarda, inmiscuido en sus pensamientos.

La tarde no era hermosa sino tibia, con el cierzo rodante entre las sabinas y las matas de los romeros en las lomas, donde las colmenas, cuando Manuel miraba sin ver, sujetado por su nieta Teresa, el cuerpo de Clara camino del cementerio en una caja de pino a hombros de seis del pueblo. Sin ver cómo la portaban a hombros, y cómo Pascual limpiaba la era de su cuñado Alonso ajeno al duelo; que el Mosén daba vueltas y vueltas a las cuentas de un rosario de malaquita soltando murmurios, y sentía un frío agrio en el estómago porque no él, sino Clara, era sabedora de los secretos de esta tierra dura azotada por el cierzo.

Despertó con el sol alto y frío. Enganchó la Sultana al carro y tomó el camino del este con la galga siguiéndoles. Se envolvió en la manta y se puso a tararear la única cancioncilla que le venía a las mientes desde aquella maldita tarde. El rocío, a esa hora de la mañana, ensombrecía la guadaña del llanto de sus ojos, y su mano brincó como un conejo sobre las bridas: ¡Arre, Sultana!

Muchas veces, cuando salía del pueblo camino del campo, con la galga rozándole la pernera del pantalón y agitando gozosa el péndulo alegre de su rabo largo, cantaban los grillos, hacía frío y veía en el cielo todavía estrellado los ojos serenos de su esposa. Luego la veía en la plaza con el vestido nuevo de florecillas rojas en la fiesta de San Mateo, disfrutando del Dance, y recuerda que entonces, algunos gorriones revoloteaban en los muelos de trigo, y que Clemente no paraba de hablar de la arrobadora nueva que compró en la feria de Huesca.

Descansa por primera vez en quince días. Le confortan la mirada serena de Clara y su fortaleza

para sobrellevar la enfermedad. Ese no mostrar el sufrimiento y la paz contagiosa con la que le va diciendo lo que tiene que hacer cuando todo suceda, el tranquilo estribillo con el que sonríen sus ojos.

Su nieta Teresa espantó las moscas que se posaban en el rostro de su abuela. Miró con ojos de tristeza el caer de los granos de la luz sobre sus párpados cerrados, el dolor que la corroía por dentro y supo que era su último atardecer. Recordó a su abuelo que le enseñó a su madre muerta, metida en una caja con un pañuelo sujetándole la barbilla. Dale un beso en la frente. Acababa de cumplir nueve años dos días antes y aquel beso la llevó de pronto hasta los veinticinco. La abuela estaba fría como un témpano y ella recordó siempre que no otra cosa debía ser la muerte.

El agua que baja torrencialmente por los barrancos tiene color de barro. La tormenta se preparó en unos minutos y sorprendió a los que jugaban a las cartas en la taberna. A Manuel le sorprendió donde los almendros; la yegua relinchaba y en el blanco de sus órbitas le giraba como una mariposa encendida en su vuelo. Si me hubiera dado la vuelta cuando vi la nube negra sobre el cerro no me hubiera calado hasta los huesos, le contaba luego a Clara mientras se despojaba de las prendas mojadas que fue colocando al lado de la chimenea en la cadiera: la chaqueta, la faja de siete vueltas, la camisa, el pantalón de pana, las abarcas y las lonas que hacían de calcetines, hasta el calzoncillo de lienzo afelpado. Y lo peor es que ni me dio tiempo de llegar a la loma blanca y refugiarme en la paridera.

Estaba escrito que tenía que ser así, le decía Clara acariciando el cabello rizado del esposo revuelto de

colores, cuando el canto de los grillos, cuando se iban inventando los besos en el revuelo de las sombras. A lo lejos, solo los barruntos de los cañonazos del cierzo y Teresa creciendo en el amor del mal de las averiguaciones, olvidándosele la infancia para ser unos ojos verde mayo como los de su madre, y luego una voz de durazno que se enredaba en las espigas del campo y en los brazos de los hombres.

Si le rondaban las penas, llamaba a la galga y se iban al cerro, el aire dulce sonaba rendido por entre las espigas casi granadas, y entonces la pesadumbre se parecía a esos atardeceres claros en los que el capricho dibujaba el arco iris. Y allí se estaban hasta que lucía la primera estrella.

Aquella última tarde, sentado en el ribazo, con la galga a su lado, el campo estaba hermoso y relucía como los cristales de las botellas. Volaban las golondrinas buscando mosquitos y el vientecillo regaba sus fosas nasales de olores multiplicados loma abajo hasta el sendero de las viñas de las hermanas Bastaras, esas que tienen en la primera fila de la iglesia los reclinatorios forrados de terciopelo rojo para que apoyen las rodillas y los brazos. Más de 1800 hectáreas de terreno dice Pascual que tienen, que ya es tener. Luego, seguido de la galga, se va por los caminos y se hace cierzo y agua y esparto y desasosiego, de todo se hace con tal de no admitir en sus pensamientos que la perdía. Por eso regresa a aquella tarde de un diecinueve de mayo: quizá el sol de la calle o el colorido del campo en primavera, quizá sencillamente había llegado el momento, se besaron apasionadamente y desde sus labios se veían los picos de la sierra de Alcubierre y los cansados

senderos de las viñas. Clara sonreía con esa sonrisa suya que le hacía sentirse mejor por dentro. Manuel le miró a los ojos, verdes como los trigos y se rió también acariciándole las mejillas. Ambos se conformaron con ese instante de felicidad en sus recién cumplidos quince años.

¡Clara...!

Recuerda por recordar el último verano, el sol tundía su bola de fuego sobre las esparteras y en el reloj de la torre de la iglesia de la Asunción sonaban solamente las diez de la mañana. Donde el Saso, con su pozo de hielo, los hombres y mujeres se inclinan sobre las espigas maduras con los haces relucientes y las espaldas cuarteadas de sudor que acusan el primer dolor de riñones. Corre una pesada cortina de bochorno que escuece las gargantas invadidas por el polvo y se extiende sobre el paisaje hasta el monte Oscuro, la ermita de San Sebastián y el barranco de la Estiva, donde dice la leyenda que hay enterrado un toro de oro que nadie ha encontrado. A lo lejos, la luz reverbera en un silencio espeso, turbio, que se cuela por los oídos en un triste sueño de que todo acabe pronto para volver a casa derrengados. De cuando en cuando un pequeño desquite al echar en la garganta un trago de vino del barral o un cigarro de picadura. Las mujeres, agua fresca. Para esa hora, más de la mitad de los surcos están cubiertos de haces.

Después del entierro había estado más de una hora calculando la posibilidad de colgarse de la viga más alta de la cuadra, pero desistió al imaginar a su nieta ante él, orinado las patas abajo y con la lengua fuera más

larga que un real de hilo. Y, aunque el suicidio le parecía una buena salida de ese callejón en el que le había dejado Clara, de momento no volvió a pensar en ello, aunque sí estuvo llorando un buen rato con amargura, con las lágrimas de los que se meten en la cama esperando el consuelo de un sueño que les lleve a la infancia. Quizá sea precisamente eso, necesita más recuerdos, sentirse todavía un niño, porque los días posteriores a la muerte de la esposa fueron tristes como lágrimas gastadas de un niño. ¡Clara...! Un niño con la escopeta al hombro en busca del médico que se llevó con su negligencia a Clara a la tumba y le dejó sumido en la tristeza.

En esa hora en que la luna bañaba de horchata los tejados, recortaba el perfil siniestro de los gatos en celo, hacía estornudar a los ancianos con molestias de cierzo y dejaba su beso majestuoso sobre el gatillo de la escopeta, que le hacía apetecer, como un veneno, el disparo certero, Manuel caminaba hacia el Aval de los Olivares. Conocía muy bien lo que era esperar la presa, dejarla que se acercase subrepticamente al borde del sendero. Y en la espera ahuyentaba el sueño y resucitaba una especie de sed lunar, aguardándola, con el dedo en el metal curvado y el ojo en el punto de mira, la presentía desde que la luna se colgó por las copas de los olivos, lamía las sabinas y se daba de bruces con el cañón de la escopeta ¡Pum! ¡Pum!

En una bóveda sin celajes ni nubes, se percibía claramente la sombra del doctor también con la escopeta al hombro. El doctor que madrugaba para cazar el jabalí o algún conejo antes de la ronda de las visitas por las casa del pueblo donde había algún enfermo y no

imaginaba lo que el destino le iba a deparar aquel alba fresquita.

Cuando la sombra estuvo a tiro, la respiración se hizo tan densa que podía cortarse con el cuchillo de un grito: ¡Clara!

Cuando el menguante de la luna asomaba por los primeros días de octubre, abría la tierra con el arado y echaba el trigo en los surcos. Con el sol ponerse, iba en busca de los ojos que le esperaban al otro lado de la puerta en aquella calle de Lanaja, que no era ni mejor ni peor pero que era la suya, como lo era la casa con parra en la fachada donde la niña jugaba al escondite con la brisa de los mocos colgando y esa moña de trapo con ojos de alfileres que apretaba contra su pecho. A pesar de la fatiga de todo un día en el campo, bien en el Aval de los Carrizos, junto al barranco de los Paúles, donde el olivar, la viña o las colmenas, solo conseguía conciliar el sueño cuando la luna cruzaba su cara de cera por los cristales de la ventana, o cuando los estorninos despertaban en un chillido alborotador la mañana, entonces se revolvía en los gritos sin gritos que se gritan en las pesadillas, y el alba se le llenaba de picores rabiosos que tensaban la arrobadora que le compró al señor Clemente Campos y, para cuando Marcial, que siempre fue el más madrugador del pueblo llegaba al campo, ya llevaba él más de una hora en los surcos, que a su nieta Teresa le contaba, cuando esta le preguntaba, yayo, ¿por qué madrugas tanto?, la llevaría una madrugada con él para que gozara la hermosura del paisaje monegrino a esas horas, mientras la niña se reía contestándole que cuando quisiera.

Por el senderillo de piedras blancas que lleva a la puerta del camposanto iba caminando sereno, respirando la brisa que traía el tibio olor de las zarzamoras. Huyendo o buscando los bramidos de alambre que se le clavaban en los oídos, oliendo el borboteo de la sangre del médico tendido sobre la tierra con su agujero de muerte en el pecho que bajaba laderilla abajo como si tuviera patas de liebre. Dios lo entendería.

El camposanto, un corralón de trazo irregular con tapias foscas y disperejas que cobija tras la verja carcelaria las tumbas de sus antepasados allanadas por la maleza, como cobija la reciente de su esposa Clara, a la que fueron a parar sus ojos. En la lisa superficie de la piedra granítica coronada por una cruz y en cuya base descansa un ramo de rosas frescas, están grabadas dos fechas separadas por una raya y debajo de ellas, el nombre: Clara, y una R, una I, y una P grandes. Al lado, una tumba recién excavada cuando la noche era todavía de plata en hielo y los cristales de las buhardillas semejaban, cada uno, como un trago de capricho, pupilas que guiñaban un rayo, el huso inmenso en que se devanaba una madeja de copos blancos de luna llena.

El disparo en la boca retumbó lomas arriba como lo hace el primer trueno de la tormenta que baja de la sierra y se fue colando por entre las callejas de un pueblo sumido en sus quehaceres, y el frío de las entrañas despertó de un sobresalto a Teresa, dormida como estaba en aquellos ojos legañosos y atrapados de sus catorce años. Y la voz le cambiaba en su loca carrera hacia el cementerio, y aquella coz de rabo de las palabras del abuelo la tarde que murió la abuela Clara: antes de irme al otro barrio he de llevarme por delante a

ese mal nacido, le sonaban también como alfileres que se clavan en las sienes al correr.

Como flores tardías al lado de su Clara del alma los restos de Manuel yacían en el fondo de la tumba recién abierta con la escopeta al lado y la galga sumisa, guardiana de su dueño, en el ala breve de la mirada de la niña que entraba de repente en la noche sin noche que se le fue de la memoria: Yayo, ¿por qué?

Luego, cuando el viejo oficio de capador dejaba entre las calles las notas de una ventana para poder gritar, el sol se estremeció por el frío que frotó los ojos de los lugareños. A lo lejos, por encima de la sierra de Alcubierre, adonde no trepan las sabinas, un cielo verde mayo anduvo descalzo muchas horas...

**ACCÉSIT AL MEJOR RELATO
MONEGRINO**

Una persona en singular

Manuel Cuadrado Basas



Manuel Cuadrado Basas

Manuel Cuadrado Basas («Ciru») trabaja desde 1994 como redactor y guionista en diferentes empresas y productoras audiovisuales, además de responsabilizarse de la Comunicación Interna en grandes compañías, consolidando una sección permanente en *Revista de Comunicación* e impartiendo cursos sobre esa materia.

Participa en distintos talleres literarios de Madrid y Sevilla (con Espido Freire, Juan Carlos Méndez Guédez o Fidel Moreno).

Entre sus textos destacan:

- *Intereses creados*, ganador del XIII Premio de Relatos Breves “Victoria Kent”.

- *Vive* (una vida ordenada), ganador del II Concurso de Microrrelatos de *El Norte de Castilla*.

- *Ciudad de niños*, segundo premio en el IV Certamen “Creadores por la Libertad y la Paz”.

- *Habrá que hacer como el alba*, ganador del Premio Internacional de Poesía Hiperbreve “Garzón Céspedes”.

- *Axiomas*, incluido en el libro de relatos matemáticos *Un teorema en la biblioteca* (Ed. Anaya, 2009).

- *En la cumbre del globo* (Mejor Documental en el Festival Internacional de Cine de Santander 1999 y Premio ALMA –Mejor Guión– otorgado por ALMA –Autores Literarios de Medios Audiovisuales–).

- *Ecos del milenio* (coordinación documental para un guión original inédito de Miguel Delibes).

- Guiones de otros documentales: *Navegantes del cielo antártico*, *Con preocuparse no basta*, *Profesiones arriesgadas: la minería* (con Rafael de la Cueva).

Una persona en singular

Manuel Cuadrado Basas

*Esta tierra dará fruto –y esperanzas–
mientras haya una sola mujer sobre ella.*

X. S. Ruiz

1. UN FUTURO PARA LA TERCERA PERSONA DEL SINGULAR

Ella, Gracia Provenza, como quien dice fundó Cantalobos. El pueblo es un villorrio artificial por donde el tiempo pasa y se pierde. Sus exactas ciento cincuenta almas vinieron hace pocos años para sudar el milagro del regadío. Llegaron de fuera, con la misión de arrancarle arroz y maíz a una tierra despiadada. Pero los Monegros se resisten. Y los vecinos recelan, y eso

les da la fuerza para seguir. Se malician rumiando quién será el primero en abandonar. No son mala gente, claro, pero necesitan saber que cuentan con los otros. Que nadie desertará del desierto. En todos anida la tentación de volverse a Tramaced, Leciñena o Alcubierre, los pueblos donde nacieron sus padres. Pueblos agonizantes pero auténticos. No como esta aldea.

Cantalobos es un niño que nació enfermo. Hay que sacarlo adelante. Entre todos.

Así que aquí nadie abandona. La tierra tira, y aprieta en su puño a quienes una vez la soñaron prosperando. A cualquier cosa se le coge apego, y más cuando el esfuerzo dará –si se merece– un título de propiedad sobre esa tierra. Dominarla. Someterla. Hacerla mansa.

Pero aún no. De momento es invierno. Hay un frío sin primavera en el horizonte pardo y roto, el cordel abrupto ciñendo al desierto, atando a los hombres como en un aprisco, para que no flaqueen.

En Cantalobos sopla ese cierzo que arranca incluso el revoco de las paredes. Rumor permanente, sordo a todos los oídos, pero que ahoga los golpes del dominó en el bar, y hace hablar con susurros. El cierzo es parte de la tierra. Viento de tierra. En su torrencera lleva a rastras olores de colada y de cigarro puro reprendido.

Son olores de domingo para el invierno de calles vacías. En la plaza, quedan todavía carteles medio arrancados. Se lee: «Circo Káiser. Número uno en Europa». Ya hace cuatro meses que vinieron. El primer día se suspendió la función, y marcharon a otro lado. No hubo protestas.

De lunes a sábado hay que labrar la tierra, el lote bronco asignado por el Instituto Nacional de Colonización. Los domingos dejan un poco más de tiempo para el huerto y la casa. Por la tarde, Benavides abre el bar para poner el partido. Hoy están de suerte: el repetidor envía la señal nítida. Osasuna - Atleti de Bilbao. Da mucho juego, mucho de que hablar.

Las volanderas ruedan persiguiendo al aire. Nadie más pasea la calle Mayor.

Todo esto lo contempla Gracia Provenza, mientras mira por la ventana. Mira sin necesidad de ver. Le basta con abandonarse y dejar que la mente se le quede vacía. Ella es capaz de pintar en su cabeza este lienzo completo, hecho con palabras en panavisión. Desde muy dentro, donde su sangre le calienta el alma, a Gracia le vienen unas frases hechas, redondeadas. Y son frases hechas sorprendentemente por ella misma. Cosas como:

*Esta tierra tumbada y dolida,
esta tierra que entierra el eco de su daño:
porque alguien la aplastó de un palmetazo,
y aquí sigue contrita, sufriendo arados estériles.*

Le ocurre a menudo. Ignora de dónde le saldrán estas inspiraciones repentinas. La maestra decía que era buena con las letras. Más de una vez le propuso que lo escribiera en un cuaderno. A saber para qué. Ahora prefiere ni pensarlo, porque no se permite meditaciones profundas. Palabras vanas. Son flores que ella misma dejará secar sin darse cuenta.

Niños que nacieron enfermos, que nadie sacará adelante. Pasan y se pierden.

Gracia Provenza recuerda que debe rematar la vainica para los visillos de la cocina. Se aleja de la ventana y coge el cesto de la labor. No puede entretenerse. La cena estará para cuando regrese su marido. Repollo y magro con tomate. Lo tiene ya casi listo. Hay que trabajar duro en esta tierra, colaborando al esfuerzo de muchos. Por eso ella debe estar ahí, apoyando a su marido en la tarea de todos. Buena gente. Y Gracia, buena esposa: respaldo para su marido, y para los hijos, cuando Dios quiera que lleguen a esta casa.

Basta de ensoñaciones. Por ahora, lo único que debería preocuparle es saber dónde puso las tijeras, para terminar cuanto antes su labor.

2. UN PRESENTE PARA LA SEGUNDA PERSONA DEL SINGULAR

Tú has visto pasar los años, Gracia, sentada junto a esta ventana. Los hijos ya desfilaron. Ninguno recordó la promesa que te hicieron un día: “queremos quedarnos contigo para siempre, mamá”. Tampoco ellos conocieron aquel juramento trasnochado que nunca salió de tu boca, todo eso de aguantar en Cantalobos pasara lo que pasara.

Y lo único que ha pasado han sido los años. Apartas el cesto de la labor, con cuidado de que no se caiga la madeja. Te miras las manos y piensas en los gemelos, que ahora están allá en Zaragoza, sacando siempre buenas notas. Nunca iguales, pero tan parecidos. Ni se os ocurra volver.

A Elena, la mayor, la tienes en Barcelona con el título de Diseño de Modas recién ganado a pulso. Bien pronto que la colocaste. No. Lo cierto es que se ha colocado ella solita en un taller de bisutería. Sabes que tu hija gastó su primer sueldo en cines de estreno, en un chaleco usado que huele a cuero nuevo (adiós a los vestiditos que le hacías), y en aquel viaje a Cantalobos, un fin de semana, de ida y vuelta, pero no para estar con sus padres, bien lo sabes, sino para verse con Matías, que es un chaval decente aunque haya cogido fama de vivalavirgen solo porque tiene ideas propias. Eso dicen quienes hablan por hablar.

Tonterías. Sin embargo, sospechas que el muchacho y Elena nunca llegarán siquiera a hacerse novios. Intuyes que ella se ha alejado del pueblo precisamente para llamar la atención de Matías. Porque para conseguir atraerle, tu hija se ha propuesto demostrar que no todos son iguales en esta aldea. No señor. Se ha empeñado en ser distinta, siempre distinta, como le gusta a Matías. Y como también te gusta a ti, Gracia, no lo niegues. Siempre fuiste algo rebelde.

Pero verás cómo esa distinción de Elena, en lugar de acercarla al muchacho, le hace alejarse, y triunfar en Barcelona, y luego Milán. Ya verás: va a terminar de diseñadora con firma propia, una de las más cotizadas de Europa, como siempre soñó. Tu chica puede llegar a donde se proponga. Huir hacia delante. Plantarse dándole un buen tizeretazo al pasado.

Así que te haces la dura, y les dices que no regresen. Incluso aunque su padre esté como está. Tú podrás sacarlo adelante. Eres una mujer dura, y ellos deben vivir su propia vida.

Miras otra vez por la ventana. Cómo pasa el tiempo. Pasa y se pierde. Primavera, verano, otoño, invierno. Transcurre mientras discurre que el año debería comenzar en marzo, porque marzo es la primavera, donde todo rebrota con oportunidades nuevas. Pero no. Esta tierra está tumbada y dolida. Quedó aplastada de un palmetazo, ¿recuerdas? De dónde te vendrán estas ideas.

Apartas los pensamientos y tras ellos llega el olor grasiento de la sopa, que empalaga la casa entera. Eso trae al presente. Hace rato que terminaste en la cocina, pero el olor sigue incrustado entre las paredes y el techo. Ni el cierzo basta para renovar el ambiente. La sopa se habrá quedado fría. Solo imaginarlo te produce una tristeza plomiza, como una costra superpuesta a la de ayer, y a la de anteayer. Invierno. Otoño. Verano. Sin primavera.

La sopa. Recalientas un cazo y se la llevas a la cama. Tu marido debe terminarse todo el tazón. Te dijo el médico que lo alimentaras bien, incluso a la fuerza si llegara el caso. Le ayudas a recostarse, le oyes sorber lentamente con una pajita del pato Donald. No es justo. Un hombretón como él, a sus cincuenta y tres años, dejando resbalar restos por las comisuras; con una pajita de Donald en la boca. No había otras en el súper esta semana.

Le secas con cuidado. La servilleta de cuadros y flecos irá luego a la lavadora, piensas mientras a él le preguntas si quiere más, por decir algo: sabes que no va a contestar. Él no habla, no se mueve; desde el accidente solo sorbe purés y caldos. Le arreglas un poco la sábana

bajera, que no haga arrugas porque enseguida le salen llagas por la espalda.

Deberías afeitarte. Quedan feos esos cañones duros que asoman en el mentón. Son herencia de aquellos que te hacían cosquillas cuando erais novios. Acuérdate:

*Y cuando yo te miraba
lo digo con sentimiento
mi pensamiento me traicionaba.*

Él decía que la piel áspera es cosa de hombres. Machito. Le descubres una especie de brillo en la mirada. Es como si leyeras sus pensamientos. Y él los tuyos. Sientes su carencia. Sabes que te desea, machito, aunque nadie más se dé cuenta. Tú reconoces sus gestos íntimos, incluso ahora. Tiene una de esas reacciones reflejas. Le pasas la mano por el pecho, ligeramente hundido pero todavía firme. La tripa sí que es nueva. Como una bolsa desparramada. Sigues pasándole la mano por el cuerpo. Esquivas el miembro, que imaginas agrandado ahí abajo. Es tu marido. Regresas a la cara. La barba raspa con un crepitar de hogueras minúsculas.

El médico dijo que podría seguir así un mes o el resto de su vida. De tu vida. El médico dijo que quizá de pronto se levante una mañana, y santas pascuas que aquí no ha pasado nada. O quizá no. El médico no dijo qué sería de tu vida. Solo habló del paciente, tu marido. Dijo que estas cosas son así. Hay que resignarse. Paciente.

Conviene que lo muevas para que no se le hagan heridas. Llagas en el cuerpo de tu esposo. Llagas dentro de tu cuerpo. Cómo atreverse a decirle nada a ese tronco

desvalido que una vez fue un hombre fuerte. Tu hombre. Cómo atreverse a decirle que todo esto que haces con él es una gran mentira, que no puedes más, que no, que no le quieres. Hace tiempo que dejaste de quererle, ya antes de que estuviera así, postrado.

Cómo atreverte a decirle que quieres irte. Son argumentos que te has repetido miles de veces, aunque seas incapaz de verbalizarlos. Eras buena con las letras. Pero ese discurso se te queda cosido en la garganta cuando ves sus ojos y sientes sus carencias, que también son las tuyas. Únicamente sus ojos no han cambiado. Los ojos y tu discurso siguen siendo los mismos. Antes del accidente, él también tenía esa mirada que echaba atrás tus argumentos. Entonces ya eras incapaz de decirle no puedo más, yo no te quiero. Me voy. Deberías habérselo dicho antes, entonces. Ahora ya no. Porque si abandonas a este hombre, el pueblo entero se te pondría en contra. Y ya no te irías por voluntad, sino expulsada. Tú, que tanto has aguantado en Cantalobos. Te desterrarían quienes juraron no marcharse, quienes jamás admitirían una traición como esa. Son buena gente, pero si una pieza escapa, el rompecabezas entero se desmorona. Ni pensarlo.

Así que nada ha cambiado, pero todo es distinto. Esto es mentira. No puedes más, tú no le quieres. Pero no. No te vas. Los chicos sí que lo han conseguido. Ellos huyeron hacia delante. Tú te mantienes atrás para sacar esto adelante.

Resignarse. Paciencia. Invierno. Otoño. Verano. Sin primavera. Deja que el tiempo se vaya, Gracia. No abandonar. No abandonarse. Te hará bien regresar a tu

labor. Coger el cesto con cuidado de que no se desenrolle la madeja. No pensar. Así se alejan las preocupaciones, en un suspiro.

3. UN PASADO PARA LA PRIMERA PERSONA DEL SINGULAR

Yo voy a volverme loca. Pero dónde habré metido ahora las tijeras. Déjame pensar: en la habitación de los niños no creo que estén. Pero Gracia, ¿qué van a estar? Hace mucho tiempo que ahí no entra nadie. Puede que este hombre las haya dejado en el cuarto de baño. Mira que le digo que no se corte las uñas con mis tijeras de costura. No. Aquí no están. ¡Alma bendita!, qué cara tengo. Estas bolsas debajo de los ojos no me las conocía yo. Es por los disgustos... ¿y este moratón? Ya ni sé. Soy una vieja: me caigo y luego ni me acuerdo.

Venga a recoger cosas de este hombre. Que parece un crío, caray. Cuando estuvo enfermo me daba menos trabajo. A veces pienso si hubiera sido mejor que se quedara ahí, en la cama, hecho un vegetal. Qué cosas digo. Esto es culpa del cierzo, que a una le vuelve loca.

¡Hala!: otra botella por el suelo. De novios era tan educado, tan atento. Me traía canutillos de crema. Los hacían las monjas en la Cartuja. ¡Qué olor tenía el zaguán aquel! Uy, hija, pero qué habrá sido de aquellas monjas. A saber dónde andarán.

Y las tijeras. Nada, en la cocina tampoco ¿Qué hora será? Yo debería estar haciendo la cena, pero primero debería encontrar las dichas tijeras. Acuérdate, anda, acuérdate...

*Acuérdate de Acapulco,
de aquellas noches
María bonita, María del alma.*

¿Esto es de Negrete? No. Agustín Lara. ¿Cómo acababa...? ta-rán tan-tán tarariro...

*Y cuando yo te miraba
lo digo con sentimiento
mi pensamiento me traicionaba.*

¡Ea! Claro que sí. A mí me decían que era buena con las letras.

A ver en el dormitorio ta-rán tan-tán... con lo cantarina que yo he sido, cantarina empadronada en Cantalobos, y a mucha honra, que nadie me mueve de mi pueblo. ¡Olé! Aquí están las tijeras. Ya me lo imaginaba: las tenía este hombre. Y clavadas en el cuello. Mejor. Así no me hará perrerías. Pero tendré que limpiarle toda esta sangre... ¿Para qué necesitaba yo las tijeras? Si es que no sé dónde tengo la cabeza.



Los Monegros
CONSEJO COMARCAL



Los Monegros
CONSEJO COMARCAL